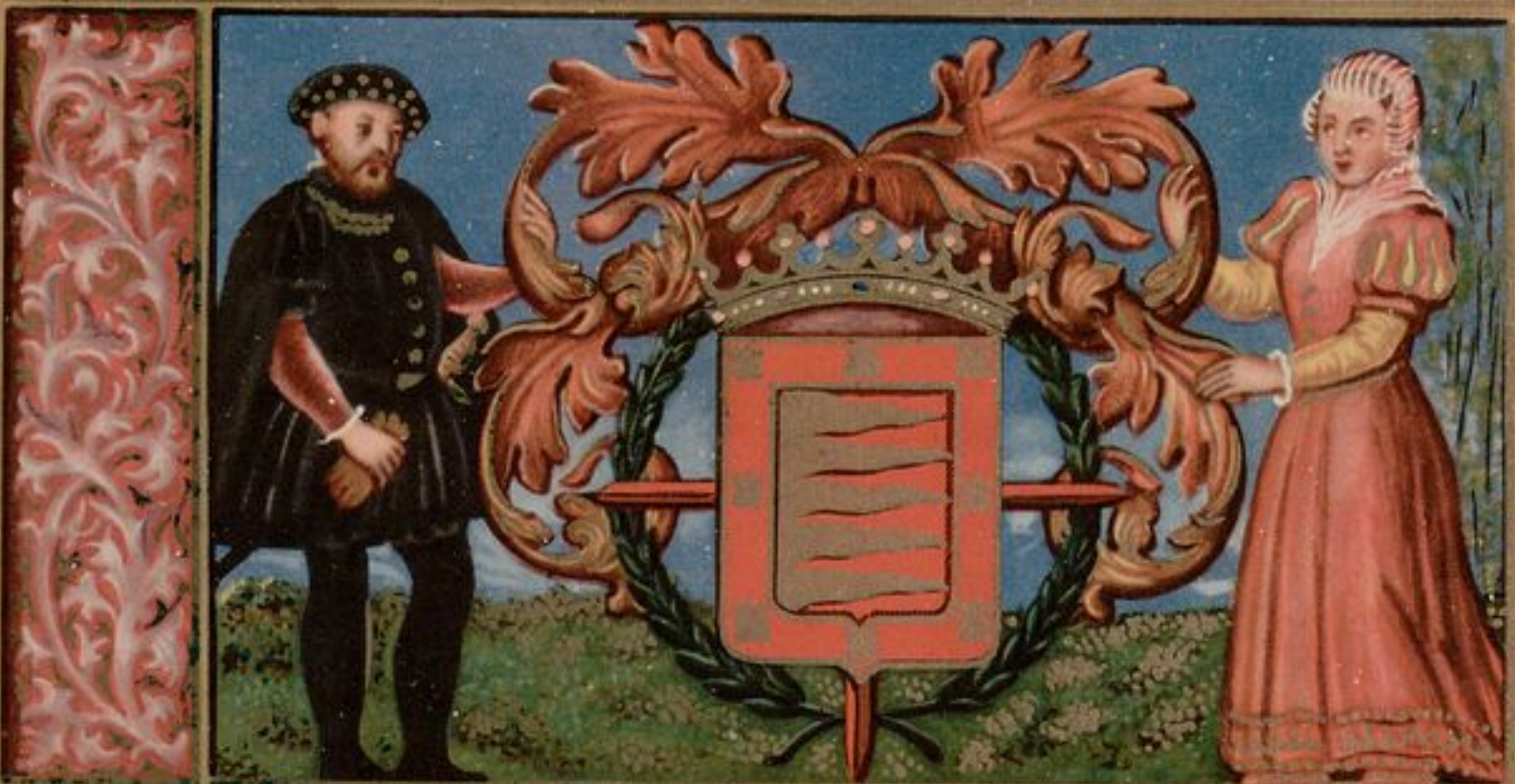




Asocia
ción del
fomento
del turis
mo. 
Valla
dolid



Historia-arte-semana
santa-museo nacio
nal de escultura.



VALLEJO
PROVINCIA

CIUDADES DE ESPAÑA

ESTA ES VALLADOLID...

HABLA ese viejo rincón de Historia que al volver esta página hallarán tus ojos, lector. Hablan sus piedras centenarias, que el sol de los siglos alumbró con grandezas imperiales. Escucha...

Esta es Valladolid, la hidalga, la hospitalaria, la guerrera, la del solar de Castilla que guió a la Raza en el decir de su romance y en el ímpetu de sus armas, la que desposó en su seno a los príncipes de Castilla y Aragón, de cuya unión sacrosanta nació España.

Valladolid del conde Ansúrez, espejo de caballeros medievales y leales servidores del Rey, no en la adulación cortesana, sino en el airón de la guerra y en el remanso de la paz.

La de la vieja torre de la Antigua, reina de las torres románicas de Castilla, con cetro y trono en la llanura, a través del medio evo, desde la victoria cristiana de la Cruz sobre campos de morisma hasta que no lejos de sus pies, allí próximo, nació el niño que porque Dios lo quiso, fué soberano señor del mundo...

Valladolid, la que de tal a tal fecha, y después, fué Castilla y España, y su Historia, su Literatura y su Arte.

Cortejo fastuoso y espléndido. La Realeza, en el brillo de la Corte. La Literatura, en el ingenio de los poetas y prosistas más insignes. El Arte, en su más ilustre escuela castellana. La Justicia, en su alto tribunal de la Chancillería.

Ejecutorias de nobleza, blasones, concejos y villas poderosas. Historia documentada y señorial de los linajes castellanos. Albores de América. Último suspiro de Colón.

Y tras de tanto recuerdo y de grandeza tanta, la última: Valladolid, capital del glorioso Alzamiento salvador de España.



Torre de la Antigua

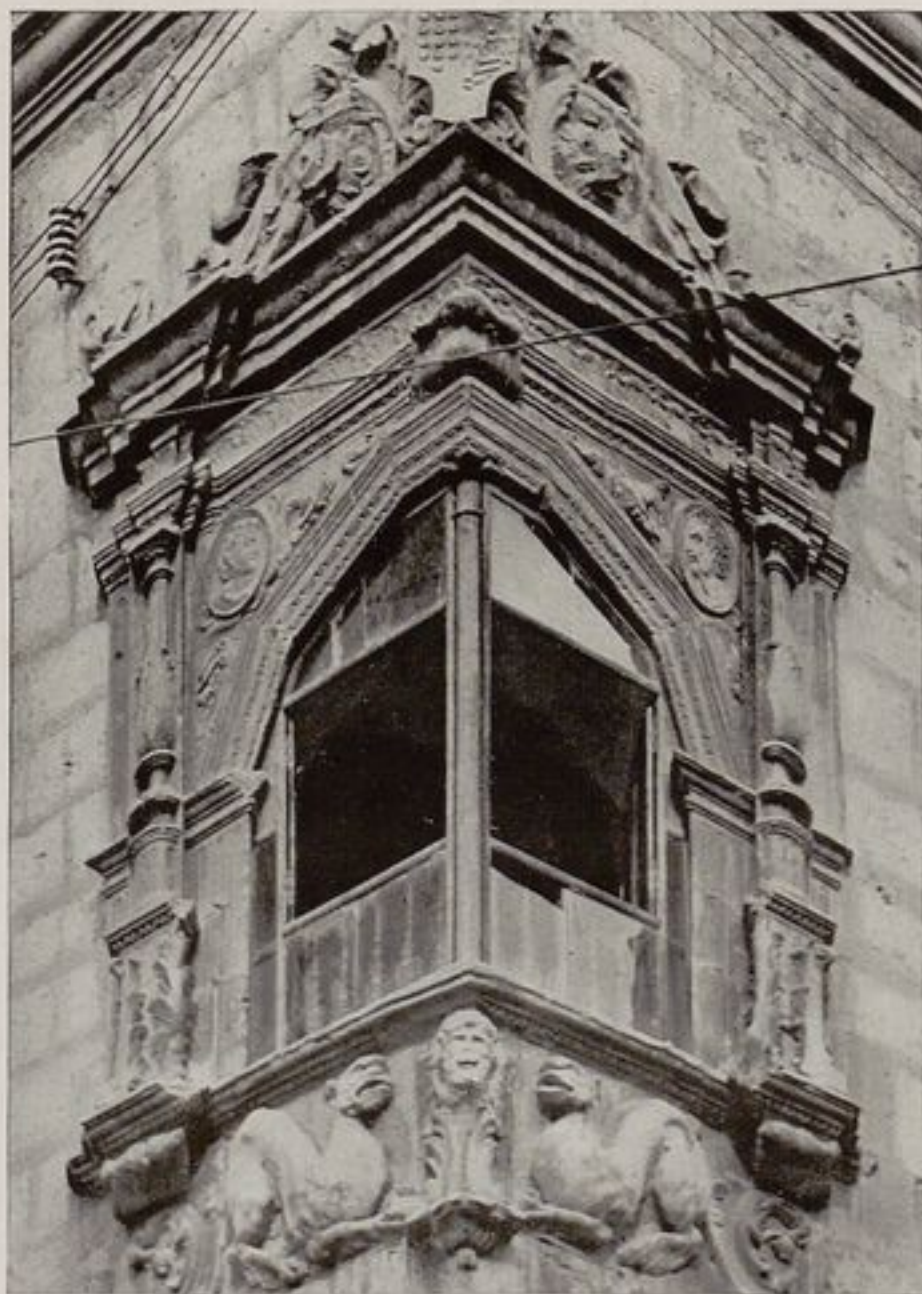


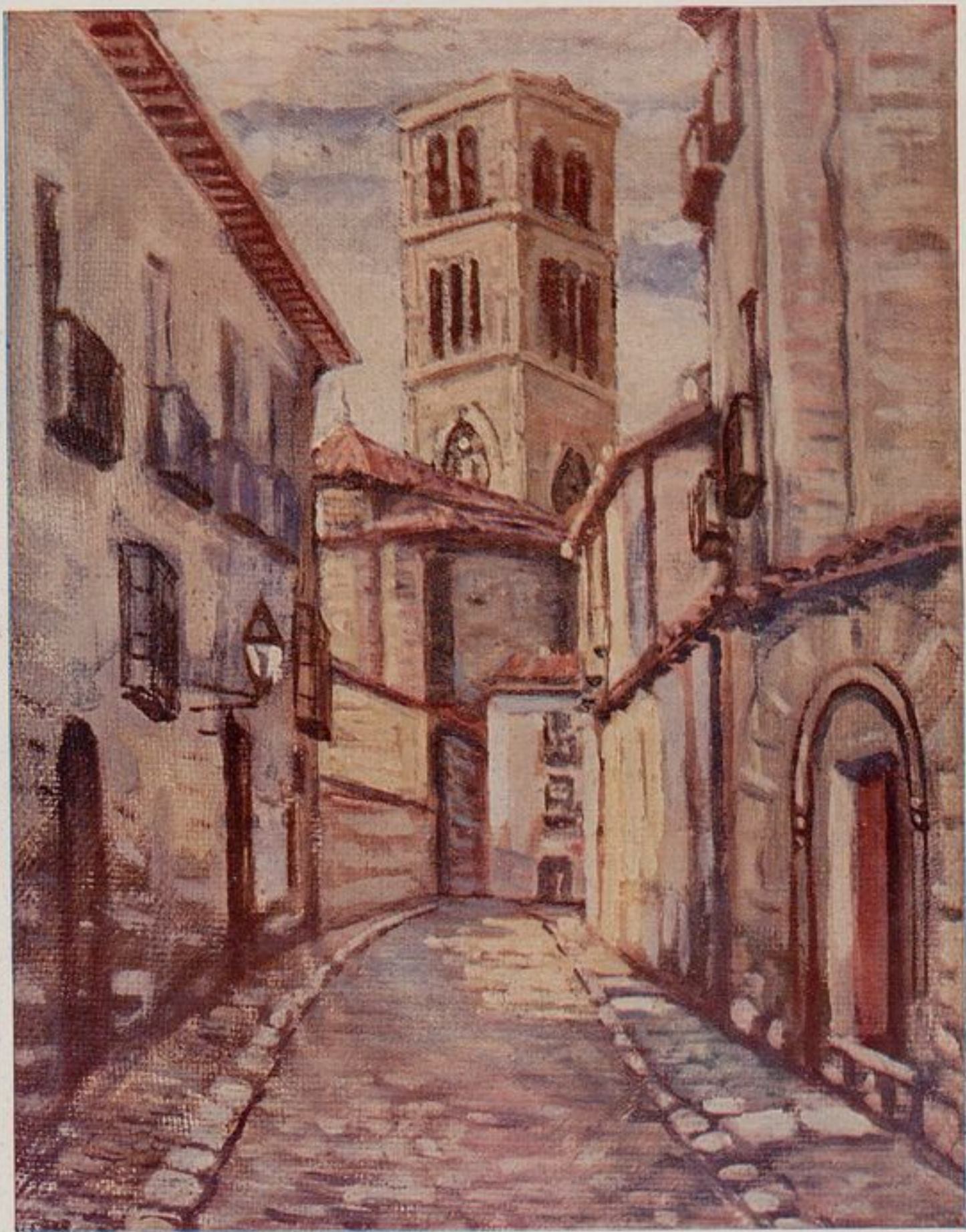
La Universidad

Ventana de ángulo

*He aquí el viejo palacio
donde nació Felipe II*

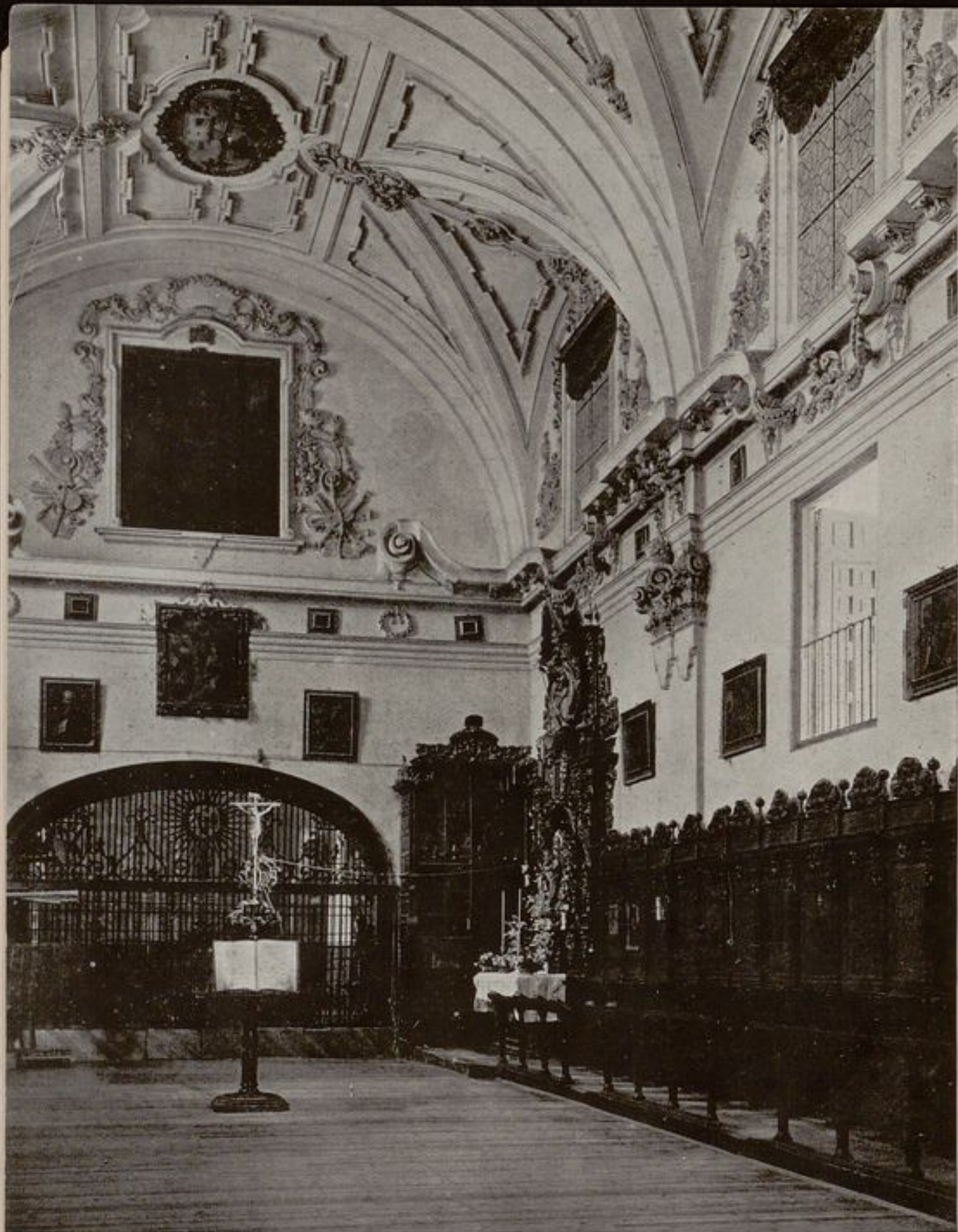
Patio





*...la del Solar de Castilla que guió a la Raza en el
decir de su romance y en el ímpetu de sus armas...*

Un viejo rincón de historia



Coro de San Quirce. (Clausura)



En esta casa, el Príncipe de los Ingenios vivió una de las jornadas más dramáticas de su azarosa existencia

VALLADOLID

HISTORIA Y ARTE

UN PASEO POR LA CIUDAD

VALLADOLID, burgo de incierto origen como tantos otros, surge en la Historia con el reinado de Alfonso VI, con el conde Pero Ansúrez, a quien confía el gobierno de estas tierras, recién y definitivamente conquistadas y pobladas.

El Conde, del linaje de los condes de Saldaña y de los infantes de Carrión, cantados en versos fustigadores en el poema del Cid (una de las más vecinas aldeas, Fuensaldaña, fuente del señor de Saldaña, marca bien el recorrido de la nobleza carrionense), tiende un puente sobre el río Pisuerga que le mantenga en relación con su país originario y sienta la primera piedra de sus más viejos templos, de los que se conservan, el de Nuestra Señora de la Antigua, con la galería, restaurada, lugar de reunión y de espera de oficios religiosos, que se reflejaba turbiamente en las aguas lechosas del Esgueva, y su recta y aguda torre, flecha que señala constantemente el cielo azul, muy semejante a la de San Esteban de Segovia, ésta conocida por "la reina de las torres románicas" y muy favorecida por su emplazamiento, así como a la nuestra le perjudica el suyo, profundo.

Torre que se labró en ese estilo, de ascendientes orientales, desarrollado en Francia, conocido, impropriamente, por la denominación de "románico", del cual fueron introductores en España aquellos condes de Borgoña que vinieron a casarse con las hijas de Alfonso VI. Una, Urraca, que había tenido por preceptor precisamente al conde propulsor de Valladolid y, la otra, Teresa, que sirvió para establecer en la antigua Lusitania un reino disidente en la Península.

El templo ha sufrido totales restauraciones. Una, en pleno período gótico, y otra, muy reciente, de la que aun no se ha reintegrado al culto, esperando que no se tarde mucho en devolverla a su servicio del que, por ese motivo, permanece separada hace 34 años.

Otra torre románica, bastante posterior, es la de San Martín, en la que aparecen destellos del arte gótico que iba a hacer pronto su aparición, si es que por entonces ya no la había hecho. El mal estado del resto del templo hizo que fuera

derribado en 1622 y se encarga Francisco de Praves de sustituirle con el actual.

En el siglo xv, bajo la madurez del estilo gótico, y cuando ya se presentía su terminación, es cuando se desarrolla la manifestación monumental de Valladolid.

El rey bastardo don Enrique, atormentado por la idea fija de los muchos monasterios destruidos en la calamitosa guerra sostenida con el rey don Pedro I, y más aun atormentado por la tragedia de Montiel, recomienda a su hijo don Juan I en su disposición testamentaria que funde conventos, y así nacen San Benito de Valladolid y el del Paular de Segovia. Para el primero don Juan cedió el inmenso alcázar, con lo cual la ciudad perdió un ejemplar de castillo medieval, con sus alojamientos para personas, cuadras, almacenes en el primer patio y, en el segundo, la capilla, las habitaciones del rey y la torre de honor.

Los frailes, por su regla estrecha, se captaron las simpatías de aquella sencilla sociedad de la que llovían donaciones, siendo el rey don Enrique III uno de los más interesados en aumentarles sus rentas, y el obispo de León, Alfonso de Valdivieso, encargó este templo, que substituye a la capilla del castillo que ocupaba el lugar de la actual sacristía, al cantero Juan de Aranda.

Fuera de la puerta de la muralla llamada de don Rodrigo Villandrado, en el camino real de Cabezón, para la Orden dominicana, en 1465, Alonso de Torquemada construyó una iglesia grande, parecida a las que la misma Orden poseyó en Palencia y en Segovia, que Alonso de Burgos, confesor de la Reina Católica, con anterioridad a Cisneros, se encargó de decorar con portadas del gótico más florido, que se ha dado en llamar isabelino. En el año 1601 adquirió el patronato de esta iglesia, para enterramiento suyo, el duque de Lerma, procediendo a una notable ampliación que visiblemente se aprecia en el bien distinto estilo plateresco, nombre debido a la imitación del trabajo de los plateros, en la ornamentación y hasta en la calidad de la piedra, de esta magna obra de San Pablo.

En el solar del palacio que a los reyes perte-

neció, en el mismo camino real de Cabezón, se construyó el Colegio de San Gregorio, cercano y en estrecha relación con la anterior iglesia de San Pablo, fundación, también, de Alonso de Burgos, de 1487 a 1492, obra de autor desconocido. Gómez Moreno encuentra indiscutible parecido del mismo, con el que fué magnífico palacio del Infantado de Guadalajara, debido a Egas. La fachada, nada más original y arbitrario, susceptible por ello de todas las interpretaciones y simbolismos que se quieran señalar, y de tener algún parentesco es con las exageraciones góticas del manuelino portugués. Retorcidos leños de bastos nudosos, cuando ya se conocían las armas de fuego, acaso, labradas bajo la impresión de la novedad de los indios que llevó Colón a Barcelona para muestra de la población indígena de los territorios recién descubiertos para la corona.

El patio es el más suntuoso de España, que deja muy atrás al del Colegio del Arzobispo Fonseca, en Salamanca, al de la casa de Miranda, de Burgos, al del palacio del Infantado, de Guadalajara. Unos angelotes sostienen pesados cortinones pétreos, presididos por las mil veces repetida flor de lis del escudo del obispo fundador, que acrece desmesuradamente en la escalera del colegio entre almohadillados de piedra en relieve, como los de la fachada de otro Colegio de Santa Cruz.

Por la parte alta, una cenefa corrida de yugos y flechas, las iniciales de Isabel y Fernando. Hoy, después de costosa y bien entendida adaptación sirve de marco, espléndido y único, al Museo Nacional de Escultura.

Don Pedro González de Mendoza, quinto hijo del marqués de Santillana, obispo de Sigüenza, arzobispo de Toledo, gran cardenal de España, Patriarca de Antioquía y, sobre todo, abad perpetuo de la Colegiata de Santa María la Mayor de Valladolid, en donde, por presidirla, mandó alzar, de 1486 a 1491, un año antes de la conquista de Granada, y por eso falta en su escudo real la granada simbólica, este colegio bajo la venera redentora de la Santa Cruz.

El edificio en sus líneas generales, arcadas del patio central, puertas rebajadas de ojiva pronunciada, agujas de la terminación de los capiteles, todo él se acomodó al estilo gótico de la época. Entre contrafuertes de la fachada principal, almohadillados de bulto con el cambio de estilo. En una reforma general, ya vieja, absurdo cerramiento de ventanales góticos, substituídos por balcones de frontoncitos en dintel, a usanza hoy ya pasada. Y en otra reciente reforma, la salvación del mismo cuando iba camino del total abandono y su acomodamiento para llenar fines didácticos y universitarios.

La capilla de San Llorente que don Pedro Niño

edificó junto a la Puerta del Río para llevar a ella la Virgen colocada sobre la Puerta de Aguadores de la muralla, luego patrona de la ciudad por la devoción que la tomó por el milagro operado en la curación de una hija suya gravemente enferma. Templo que ostenta una pequeña fachada posterior, de Diego de Praves, de cuando la reina Margarita, esposa de Felipe III, fué allí a darle gracias por el feliz alumbramiento del príncipe Felipe Víctor en cortejo brillante que organizase el Regidor, antes diplomático, conde de Gondomar.

En Valladolid ocurrió lo que en otras poblaciones; el considerar los templos románicos modestos para llenar las necesidades del culto, por lo cual hacia 1527 fué demolida la Colegiata del tiempo de Alfonso VI para alzar una nueva catedral que no se terminó, perdiéndose, en cambio, una basílica casi milenaria.

Desgraciado proceso el de esta nueva edificación. Ya adelantada, se encargó de la obra Juan de Herrera, que ordenó la desaparición de lo construído para trazar el inmenso cuadrilátero de la que había de ser iglesia mayor vallisoletana, que hubo de abandonar, substituído por Francisco de Mora, al encargarse de la construcción del Monasterio de San Lorenzo del Escorial, en el que don Felipe II cumplimentó la recomendación de su padre de proporcionarle un sepulcro, al mismo tiempo que él conmemoraba el gran triunfo de San Quintín.

Por entonces, las apasionadas reflexiones de la creación de la sede catedralicia de Valladolid, segregada de la de Palencia, que para algunos nunca obtuvo jurisdicción sobre nuestra abadía, sino está sometida directamente a la Santa Sede. Con la elevación de rango de villa a ciudad y el traslado de la corte a ella, la obra tomó nuevo impulso en tanto pasaban por su dirección el arquitecto local Diego de Praves en unión de Pedro Mazuecos, Juan de Nates y después Alberto Churriguera.

Trasladada definitivamente aquélla a Madrid, en la decadencia que este hecho determinó en la ciudad, el cabildo comprendió que, por sí solo, carecía de medios para llevar a cabo tan vasto plan y no pensó ya más que en acomodar, gastando en ello sumas considerables, lo construído al culto. Desistíéndose de continuar las obras después de un informe del arquitecto don Ventura Rodríguez en 1768 luego de estudiados los planos, reconocido lo de ellos construído, lo abandonado y lo que faltaba por hacer, presupuestó esto, entonces, en una suma alrededor de seis millones de pesetas. Cantidad importante, pero que habiéndola encomendado, como en otras catedrales, a la acción de los años transcurridos, repartido ese desembolso

en dos o más siglos parece podía haberse llevado a término y contar Valladolid con el templo más imponente de España y en él la reacción más radical que jamás pudo suponer un cambio de estilo contra el que venía predominando. Posteriormente

se llevaron a cabo reformas en la torre que suponen el abandono definitivo de aquél y más moderadamente el traslado del coro de la nave central a donde había sido llevado en el siglo XVI para mayor solemnidad del culto.

MÁS IGLESIAS. MONASTERIOS

El fervoroso espíritu religioso de la época, la estratégica disposición geográfica de Valladolid y, por esto último, las frecuentes estancias de la corte, que no se había apartado nunca mucho del mismo en siglos anteriores, concentró aquí, para fijar su residencia, linajudas y acaudaladas familias que le fueron poblando de fundaciones de ese orden religioso principalmente para que las sirvieran de enterramiento, constante obsesión de la humanidad el sobrevivirse. De las cuales algunas ya desaparecieron y otras son venerables ruinas, en constantes luchas con planes, llamados, urbanizadores.

Estando encargados los arquitectos mencionados de las distintas obras que se desarrollaban en nuestra catedral, era natural, que recogieran buena parte de los encargos de alzar los monumentos que se hicieron en este no corto período de tiempo. Por lo cual, Juan de Nates, discípulo de Herrera, en 1579 hizo la iglesia del Monasterio de las Huelgas y la iglesia de Nuestra Señora de las Angustias en 1604, a expensas ésta de don Martín Sánchez Arizamendi y de su esposa doña Luisa Rivera. Francisco de Mora, de 1593 a 1596, la iglesia de las Comendadoras de la Orden de Santiago, en la calle de este nombre, observándose la bien compuesta fachada, a uno de los patios interiores y otro de éstos del palacio de la fundadora doña María de Zúñiga en estrecho parentesco con los de San Gregorio, Santa Cruz y convento de Santa Catalina.

Disuelta la fundación, pasó a ser convento de las religiosas salesas que durante el arzobispado del señor Sanz y Forés adquirieron las casas de la calle de Francos, en donde se encuentran, estableciéndose en el mismo las dominicas francesas del Rosario. Diego de Praves hizo la fachada del templo de la Cofradía, con el típico balcón corrido de la sala de juntas, de la de Santa Cruz en la calle de Platerías, en 1595. Estas cofradías solían contar con el imprescindible hospital de estas asociaciones en los que sus cofrades menesterosos encontraban el auxilio de una cama en sus enfermedades.

Pedro Mazuecos por encargo del conde de Niebla construía la nave de la iglesia de Santa Catalina unos años antes, en 1593. Y antes aun se había construido el monasterio.

Felipe Berojo, en 1666, hizo la fachada de la

iglesia de la Cofradía de la Pasión, hoy en total ruina interior.

La iglesia del Salvador, como la mayor parte de las parroquias vallisoletanas, fué en sus orígenes una ermita fuera del recinto amurallado de la ciudad; estuvo dedicada a Santa Elena y en fin del siglo XVI el cantero montañés Juan de Escalante la reedificó por encargo de su patrón el almirante de Castilla don Luis Enríquez. En su fachada se desarrolla el tema de la Anunciación y en su pila bautismal fué bautizado San Pedro Regalado patrón de la capital.

San Felipe de la Penitencia debe su origen al celo de un religioso llamado Fray Bernardino de Minaya perteneciente al convento de San Pablo, quien, deseoso de atraer a la buena vida a las muchas mujeres que vivían escandalosamente en la población, trató de recoger algunas, invitándolas al arrepentimiento, a cuyo efecto le cedió el licenciado Medrano una casa que poseía en la calle de Francos. Los buenos resultados que dió esta caritativa idea, movió al Nuncio de Su Santidad a aprobar esta nueva institución, primera de su clase que se estableció en España, en 1540, y tomó el nombre de Arrepentidas de Santa María Magdalena, sujetándolas al convento de dominicos de San Pablo con la obligación de usar el mismo hábito y de observar sus constituciones, todo lo cual fué aprobado por Su Santidad.

Habiendo aumentado el número de religiosas, solicitaron del Emperador y de su hijo don Felipe que se dignaran concederles un solar para edificar un más amplio convento. En virtud de lo cual se las cedió el en que se halla construido, que el enfoque del tráfico ciudadano, orientado modernamente en esa dirección, va abrazando, aprisionándole. Por las facilidades obtenidas para terminar la obra del príncipe don Felipe, tomaron el nombre de religiosas de San Felipe de la Penitencia.

Sancti Spiritus. El primer convento que tuvieron estas monjas estuvo situado en la cuesta en que se asienta la villa de Portillo. Pero habiéndoles cedido el devoto Martín Gálvez el terreno que hoy ocupan, en las entonces afueras de la Puerta del Carmen, hoy paseo de Zorrilla, otro paraje de próxima urbanización ciudadana, en 1530 se trasladaron a él las religiosas. Traían consigo una imagen de la Virgen de Nuestra Señora de la Fuente Santa

que fué reclamada por la villa de Portillo en pleito que duró hasta 1590 y que perdieron las religiosas, teniendo que devolver la imagen y adoptando entonces este nombre de Sancti Spiritus y observando la regla de San Agustín. En la capilla se admira la armadura morisca de lazo y en su retablo, desenvuelto por Esteban Jordán, el tema de su especialidad de la Anunciación.

Santa Teresa estuvo situado en el camino viejo de Simancas, pago titulado del Río Olmos, que cedió para este fin, a la misma santa, el hijo de los condes de Ribadavia don Bernardino Mendoza. Lugar insano por la vecindad del Pisuerga y por ello la hermana de don Bernardino, entonces ya difunto, doña María de Mendoza, viuda de Francisco de los Cobos, secretario de Estado del Emperador, les edificó el actual convento, teniendo hospedadas a las religiosas, en tanto duraron las obras, en su palacio de la Corredera de San Pablo (Diputación provincial).

La Laura, otro monasterio circundado por el moderno hervidero ciudadano del Campo Grande y de la estación del ferrocarril del Norte, que le asfixian. Fué fundado por la duquesa viuda del cuarto duque de Alba, doña María de Toledo, en Villafranca del Bierzo (León) y que con beneplácito del Ayuntamiento en 1606 se trasladó a esta capital. Antes de la terminación de las obras falleció la Duquesa y sus herederos redujeron, a muy modestas proporciones, la majestuosa edificación que ella pensase. De las valiosas joyas que les legó con una custodia formada por una paloma de plata y oro de tamaño natural, que alcanzó los modernos tiempos de la fotografía, no queda más que el recuerdo.

Porta-Cœli, igualmente en la callejuela del mercado morisco de Olleros, en el barrio de la cerámica vallisoletana, fué establecido a mediados del siglo XVI en que doña María Cortés compró unas casas a don García Izquierdo, se ha transformado, actualmente, en la calle del Duque de la Victoria una de las arterias más amplias y comerciales, circundado lugar, asiento de establecimientos financieros de la capital. En 1598 compró su patronato el marqués de Sieteiglesias para enterramiento suyo y de sus padres, edificando el actual convento y cediendo para ello parte de su palacio de la casa de las Aldabas, dando entrada a la iglesia por la calle de Teresa Gil y haciendo adoptar a las religiosas la regla de Santo Domingo.

Es notable el altar mayor de esta iglesia, formado de mármoles de distintos colores y de bronce recuadrando excelentes pinturas italianas. A ambos lados del retablo, los sepulcros, de piedra, del fundador y de su padre con arreglo al estilo de los que Pompeyo Leoni hiciera para Carlos V y Felipe II en El Escorial. El primero halló la muerte en cadalso, en la Plaza Mayor de Madrid

cuando cayó del Poder el valido de don Felipe III, el duque de Lema, del cual había sido ministro.

Las Descalzas Reales tuvieron su primer convento en Villasirga (Palencia), del cual se trasladaron a Valladolid en 1530 a un convento que en el Campo Grande las edificó doña María Velasco, que tenía su palacio en la calle de Ruiz Hernández; actual Congregación de Los Luises. El primero fué cedido a las monjas de Corpus Christi que bajo el patronato del duque de Polentinos perteneciente a la familia de Colmenares, cuyo nombre recuerda una afluyente, allí situada, en la Avenida del Generalísimo Franco, fué convertido en lugar de principal urbanización de la ciudad. Las monjas se habían trasladado a una casa que habían comprado al marqués de Villafranca frente a la Chancillería, hoy Audiencia, en que se hallan. La iglesia se construyó poco antes del fallecimiento, en Madrid, en 1611, de la reina doña Margarita, esposa de don Felipe III, quien condolidada de su pobreza la edificó declarándola del patronato real, a lo que deben su denominación de Reales, viniendo la Corte, ya trasladada a Madrid, a su inauguración. El altar está formado por pinturas como en la Catedral, San Pablo, Porta-Cœli, etc., por ser de un tiempo en que la pintura era más estimada como elemento decorativo, que la propia escultura; en éste, la del centro, es la Anunciación, de Carducho y en los laterales otras de San Francisco en contemplación y Santa Clara, del pintor florentino Fray Arsenio de Mascagni.

Santa Ana. Fueron trasladadas estas religiosas a Valladolid en 1596 de Perales, entre Palencia y Carrión, a instancias de la abadesa de Burgos de quien dependían que acudieron a Felipe II manifestándole lo conveniente que sería reformar el monasterio, algo relajado en su disciplina, y trasladarle a otro sitio; por dádivas del monarca fueron trasladadas al lugar de la rondilla de San Lorenzo que ocupan.

Habiéndose resentido la fábrica en 1780 recurrieron al rey don Carlos III como patrono, el cual mandó al arquitecto Francisco Sabatini a fin de que la reconociese y que levantase los planos para su reedificación, como así se hizo, y dándose principio a la obra que duró siete años, estando albergadas durante ese tiempo en el palacio de la marquesa de Camarasa, como por la misma razón lo habían hecho las Carmelitas de Santa Teresa, trasladándose a su nuevo convento en 18 de septiembre de 1787. Su iglesia es de forma circular, reducida, pero de buen gusto; en sus altares contiene apreciables pinturas.

La linda fachada churrigueresca de la capilla del Asilo de Ancianos de San Juan de Letrán, incorporado al moderno convento de las M. M. Reparadoras, es de las últimas manifestaciones monumentales artísticas de la capital.



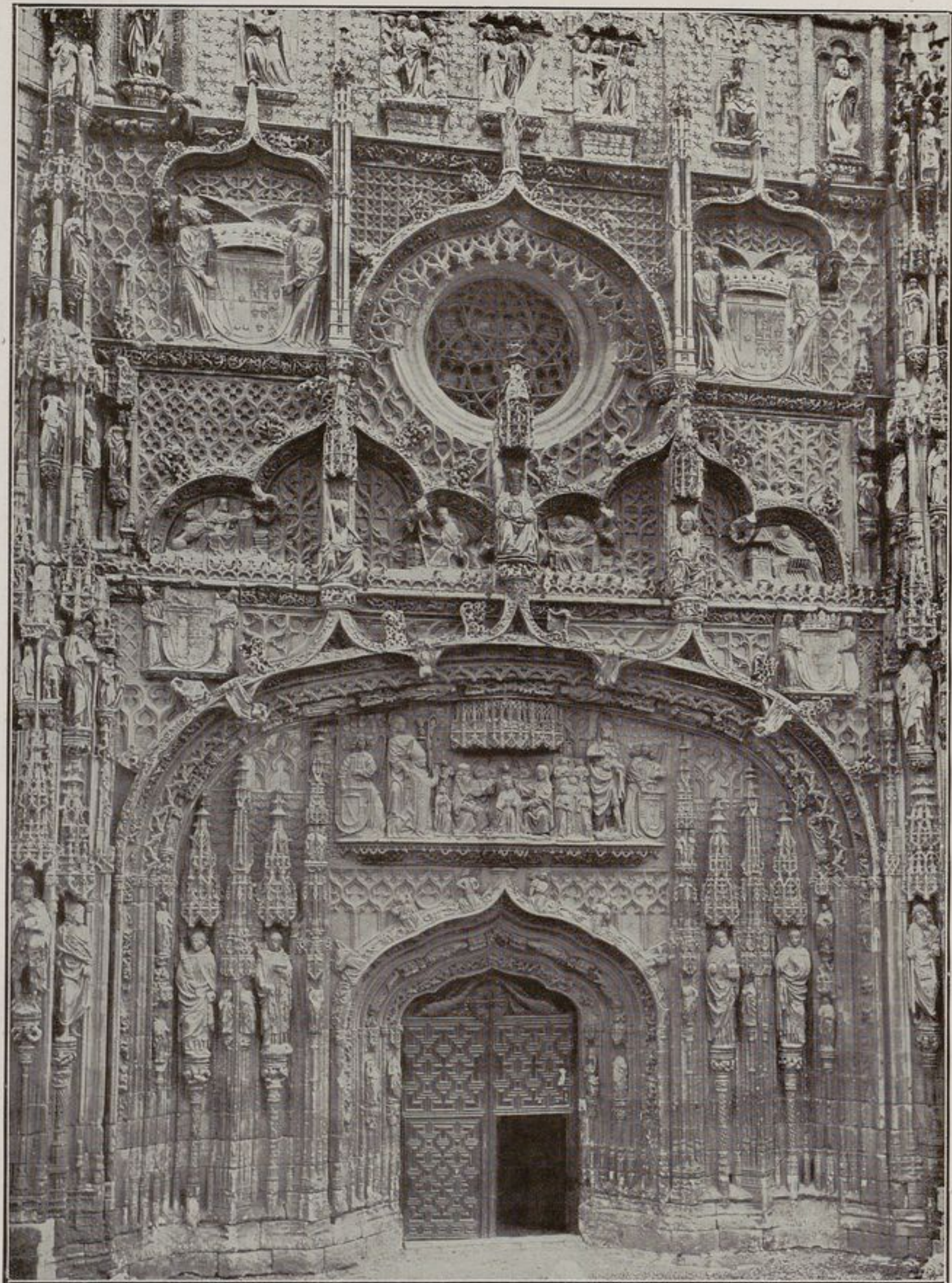
La casa fuerte, incorporada un día a la muralla, en la que se casaron los Reyes Católicos, actualmente Palacio de Justicia



Casa del embajador de Felipe II en Londres, conocida por Casa del Sol

Ejemplar de arquitectura florentina, hoy Instituto Femenino





Fotos CARVAJAL

*...en el camino real de Cabezón, para la Orden dominicana,
en 1465, Alonso de Torquemada construyó una iglesia grande...*

San Pablo. Portada (detalle)

PINTURAS SACRAS

Aparte de los relevantes fondos de escultura y de pintura que atesora nuestro Museo Nacional y que se estudian en otro lugar de este trabajo, existen esparcidas por estos templos serias obras de pintura entre las que descuella la importantísima, que por sí solo justifica la detención en Valladolid del enamorado de las Bellas Artes que cruza ante su estación del ferrocarril o le atraviesa en coche de turismo, que se guarda en una capilla de una nave de la Epístola de la iglesia del Salvador, que se trajo de Amberes en el mismo año que moría en Medina del Campo la gran reina Isabel. Es todo de pequeñas esculturas policromadas, muy de la época, con la efigie de San Juan Bautista en el centro. Lo verdaderamente admirable en este tríptico son las portezuelas con pinturas interiores del Nacimiento de Jesús y de la Adoración de los Reyes, obra documentada del delicado pintor Quintín Metsys.

Otro precioso retablito gótico existe en la capilla del palacio arzobispal procedente de la fundación de los Zúñigas en la inmediata villa de Portillo. Una Soledad en la sacristía de San Miguel, de escuela italiana, exhibida en la última exposición de Barcelona.

En la catedral vallisoletana consagrada al culto cuando, como ya decimos antes, la pintura desplazó a la escultura en el arte de decorar los retablos, una inmensa colección de cuadros de Cossie, Jordán, Piti y buenas copias hechas por pintores anónimos, y también en los conventos de las Descalzas Reales y Porta-Cœli ya referidos.

Pasan los años y los tres cuadros de asuntos religiosos, no muy frecuentes, en su inspiración, de don Francisco de Goya, por cultivar con más interés los paganos y profanos, en Santa Ana, constituyen, por ello, una excepción estos tres: la muerte de San José, un milagro de San Bernardo y la monja Bernarda Santa Ludgarda.

ESCULTURA RELIGIOSA

Además de la grandiosa colección de obras de esta clase custodiadas en el Museo Nacional de Escultura, hay dispersas, por los altares vallisoletanos, recibiendo el culto de los fieles, que más para eso se labraron que para ser objeto de curiosidad pública en los museos, numerosas estatuas cristianas de diversos tiempos.

Acaso la más antigua es la de la patrona de la ciudad en San Lorenzo. Una ingenua Virgen esculpida en piedra del tipo idolesco oriental, a la que acompaña la repetida leyenda de las imágenes ocultadas para evitar el peligro iconoclasta de las invasiones sarracenas y aparecidas después.

Un Cristo de fines del siglo xv, que fué el titular primitivo de la ermita antecesora de la iglesia parroquial de Santiago, sin relación alguna con la interpretación burgalesa de los de la Catedral y de San Gil, en la ciudad del Cid.

Del siglo xv, dos imágenes de ángeles en piedra de la portada del hospital de Esgueva, y otra de la misma época y material, en una hornacina de la fachada de la parroquia de San Miguel, armado de todas armas según la estampa guerrera de la moda que impuso el Apóstol Patrón de las Españas. En esa hornacina de la fachada substituye a otra escultura de San Ignacio, que era la advocación de este templo hasta la injusta expulsión de los jesuitas en tiempos de Carlos III; al quedar vacía la iglesia, se trasladó a ella la parroquia de San Mi-

guel que se encontraba, en mal estado, en sitio inmediato a la plazuela de este nombre. Todas estas esculturas, muestran el naturalismo gótico de la estatuaria de las catedrales de Burgos y de León.

Del maestro introductor del Renacimiento en España, Alonso de Berruguete, el pequeño retablo de una capilla de la nave de la Epístola de la parroquia de Santiago en el que todo es serenidad y únicamente dinámico el bracito de la linda figura del Niño Jesús.

Del inquietante y discutido implantador en Castilla de novedades barrocas, cuando apenas habían sido conocidas en Roma, el borgoñón Juan de Juní, la dramática escultura de Nuestra Señora de las Angustias que recoge en su capilla, más intensamente, la piedad vallisoletana. Un retablo de San Francisco en el convento de Santa Isabel. El magnífico de la Antigua actualmente en la Catedral que tantos disgustos proporcionó a su autor por el pleito, que por el mismo, se vió envuelto. Y por fin, el soberbio crucifijo de Santa Catalina a cuyos pies la leyenda señala como el sepulcro de su autor.

Profusa la existente, y desaparecida, obra de Jordán en las iglesias de Valladolid. Jordán, escultor de no grandes alientos, pero encargado de recoger la inspiración de los clásicos artistas y transmitirla, íntegra, a la escuela realista castellana, para que no desapareciera de aquí esa tradición escultórica. El retablo de la Magdalena, con la estatua

yacente de su benefactor el obispo Lagasca, los retablos de Sancti Spiritus, San Ildefonso, la Victoria, el crucifijo del Santuario Nacional procedente de la ermita de San Antón. Un Cristo anónimo en Santiago que bien pudiera ser también obra de Jordán (aunque se atribuye a Becerra) por el gran parecido con el anterior.

Por último hace su aparición el gran maestro Gregorio Fernández, vallisoletano por adopción, que se propuso servir y guiar el gusto castellano, siempre inclinado al realismo, por considerar la imitación de la naturaleza como su mayor perfección. Y de sus manos salieron, el retablo de las Huelgas, la Dolorosa de la Cruz, concepción, en madera, del Stabat Mater, el movido grupo del Descendimiento,

único paso procesional que se conserva como los plasmó el gran imaginero, un Cristo atado a la columna, acabado desnudo de cuidadas formas anatómicas, todo en la repetida penitencial de la Vera Cruz. La estatuaria del retablo de San Miguel con encargos de los padres jesuitas cuando ésta fué su iglesia. Cristos yacentes en los conventos de Santa Catalina y de Santa Ana, aunque no conste de ellos prueba indubitada.

Notables estofas de deslumbrantes dorados en las imágenes del convento de las Brígidas, adelantados bustos de Mena en el convento de Santa Ana, un crucifijo de marfil en la sacristía de San Miguel y otro en el convento de Santa Ana, de Pompeyo Leoni o de su hijo Miguel Leoni.

CONSTRUCCIONES CIVILES

Valladolid pudo haber contado con un alcázar real, interesantísimo castillo, palacio medieval, que antes lamentamos su desaparición.

De los tiempos antiguos del siglo XIII, los restos mudéjares de la fachada del palacio de la reina doña María de Molina en las Huelgas de las praderas de la Magdalena, transformado por ella, en monasterio.

La casa fuerte, incorporada un día a la muralla, del contador de la Corona de Castilla Alonso de Vivero, en la que se casaron los Reyes Católicos y adquirida por éstos para Chancillería y hoy Audiencia, casa sufriendamente mutilada.

Del siglo XVI pudo poseer un palacio real dedicado al emperador Carlos V en la rondilla de Santa Teresa con vistas al manso Pisuegra, que se proyectó y no se realizó, lo cual, acaso, haya costado a la ciudad el no ser la capital de España, por no contar, en ella, los reyes, con residencia propia. En los tiempos más modernos de Felipe III llegaron a tener el palacio, arreglado, del duque de Lerma, cuando ya fuera retrasado porque la monarquía estaba acostumbrada al alcázar madrileño rodeado de sus interminables cotos de caza, la mayor distracción del ocio real. De este período, de principios del siglo XVI, es el actual palacio de la División militar, anteriormente palacio del patrimonio real y más anteriormente de Francisco de los Cobos, el secretario de Estado de Carlos I, que mandó venir arquitectos italianos para edificarle en el gusto del Renacimiento. Algo anterior al mismo, el de su esposa doña María de Mendoza, en el que nació en 1527 don Felipe II durante una estancia accidental de la corte en la villa, actualmente Diputación provincial. Los marqueses de Camarasa, con cuyo título Felipe II honró los servicios prestados por Francisco de los

Cobos a su padre, al contar con las dos mansiones anteriores, vendieron la primera al duque de Lerma quien a su vez lo hizo al rey don Felipe III. En la primera república estuvo establecida en ella la Audiencia, hasta que después se la destinó al servicio que tiene.

De fines del mismo siglo, la casa que el arquitecto encargado de las obras de la Catedral, Mazuecos, hizo para el arbitrista italiano Fabioneli.

De las más de trescientas casas que la nobleza había comenzado a levantar al calor de la corte, al seguirla en su último traslado a esta ciudad, y que algunas fueron luego abandonadas al ser de nuevo trasladada a Madrid, todavía quedan en pie bastantes de estas moradas nobles, como la de Pastrana convertida en Gobierno Civil, la de Gondomar que lo ha sido del reformatorio de muchachas, el palacio de los marqueses de Valverde, de bella fachada barroca, en casa de vecindad, la del conde-duque de Benavente en residencia provincial, la del arquitecto, pintor y escultor Alonso de Berruguete en Comandancia de Ingenieros, la del marqués de Revilla en convento de la Enseñanza, la de las Aldabas, de don Rodrigo Calderón... Por las tranquilas calles de los barrios de San Miguel, de la Magdalena, de San Martín, de la Antigua, del Salvador todavía se conservan, en pie, muchas casas solariegas de sabor encantado de tiempos pasados, mientras tantas otras, hermanas suyas, cedieron al impulso de la piqueta demoledora para ser reemplazadas por otras nuevas de la más vulgar ramplonería.

A la época de peor gusto del siglo XVIII pertenecen la fachada de la Universidad, demolido en 1909, arbitrariamente, el resto de la edificación y después reconstruido y reformado varias veces con no muy buena fortuna.

VALLADOLID

EN LA GUÍA ESPIRITUAL DE CASTILLA

RUTAS DE LA PROVINCIA LUGARES HISTÓRICO - ARTÍSTICOS

LA provincia de Valladolid, esmaltada de castillos y monasterios — voz de la Historia en la llanura y antorchas de nuestra Fe — tiene, en su no muy amplio solar, numerosos pueblos y lugares de alta significación hispana, cuyos nombres, obras y días se engarzan en la gesta nacional, y guardan en su seno múltiples testimonios de su pretérita grandeza.

Una breve glosa por cada uno de estos ilustres pueblos hemos de hacer aquí, procurando la suma sencillez y claridad.

De la capital, en sus dos distritos, destácanse, en lo histórico-artístico, Fuensaldaña y Simancas.

Fué aquélla la villa del Señorío de los Viveros, y uno de ellos, Alfonso Pérez de Vivero, contador de Juan II, el que edificó gran parte del castillo. Don Juan de Vivero, su sucesor, fué el confidente de los Reyes Católicos, y en su casa de Valladolid, a su amparo, la princesa de Castilla se desposó y veló con el príncipe de Aragón, naciendo en Valladolid España...

Alzase protegiendo al pueblo la mole de su castillo, pero ¡ay! ya no resuenan en su recinto y su patio de armas los atabales y tambores batiendo marcha para recibir a los reyes, ni en sus espléndidos salones brilla la Corte en fulgurantes fiestas.

*De la pompa feudal resto desnudo
sin tapices, sin armas, sin alfombra,
hoy no cobija su recinto mudo
más que silencio, soledad y sombra... (1)*

Yérguese, en contraposición, en plena actividad, que los documentos “hablan” sin cesar al mundo de las ideas y los sentimientos, el castillo de Simancas, depósito sagrado de nuestra Histo-

ria. España en el remanso apacible de estas inmensas salas muestra al viajero universal la grandeza de su pasado y el genio de su raza.

¡Simancas! ¿Quién no sabe que se halla aquí nuestro tesoro documental?

Pero la historia de Simancas, sin la conjetura del “se dice” es muy antigua, y sus armas refiérense al siglo VIII, sirviendo aquella tradición que la Poesía expresó con estos versos:

*Por librarse de paganos
las siete doncellas mancas
se cortaron sendas manos,
y las tienen los cristianos
por sus armas en Simancas.*

Nada, sin embargo, que dé más lustre a Simancas que su archivo-fortaleza, fortaleza de los Enríquez, y Archivo por designio de Carlos V, en cuyo torreón, llamado del Obispo, pendió un día el cuerpo muerto del infortunado Acuña, prelado capitán de las huestes de Zamora en las Comunidades de Castilla.

Arreglado, catalogado en su inmensa mayoría, el Archivo de Simancas es un faro histórico de Valladolid, de España, y aun del mundo.

En pos de Valladolid, en importancia, mirando al pasado, va, de sus partidos judiciales actuales, Medina del Campo, la ciudad de las ferias que fueron célebres, rebasando la linde nacional, en los pueblos de Europa.

A lo largo de la historia de Medina— gloriosa y brava historia — el viajero espiritual que viene a Castilla y posa en la vieja ciudad para evocar sus grandezas y admirar los tesoros de su arte, trae a su mente, sobre todos los recuerdos, y con toda primacía, el instante aquel en que Medina recogió el último suspiro de Isabel la Católica.

(1) Zorrilla. *El Castillo de Fuensaldaña*.

Medina del Campo es Isabel. Y de las páginas de aquélla, ninguna tan emotiva, y digna de evocación por el viajero, como la de la muerte de ésta, cristianamente ejemplar.

¿Pero dónde, en Medina, murió Isabel la Católica?

La Poesía, con sus brillantes galas, dice que murió en el castillo. La Historia, con sus documentos incontestables, prueba que murió en el Palacio Real de la Plaza, que hoy ya no existe.

Pero antes de nada, ¿no es concluyente este argumento? La Reina murió el 26 de noviembre de 1504. ¿Cómo pudo morir en el castillo de la Mota si por entonces era prisión de Estado?

Efectivamente, los reyes don Fernando y doña Isabel, en el año del fallecimiento de la Reina, vivían en el Palacio Real de Medina. Acreditánlo superabundantemente las citas y relaciones numerosas de los cronistas de la época. El 7 de octubre de 1504, Pedro Mártir, confidente de la Reina, escribe al conde de Tendilla, después de hablarle de la gran ansiedad que hay "en Palacio", las siguientes palabras:

"Está dominada la Reina por una fiebre que la consume. No puede tomar alimento y la atormenta una sed devoradora. Esta malhadada enfermedad, según dicen, va a terminar en hidropesía."

Y un día antes de su muerte, agrega: "Nos hallamos en Palacio todo el día aguardando con lastimero semblante la hora en que la religión y todas las virtudes dejarán la tierra con su espíritu."

Pero hay un argumento inapelable: el testamento y codicilo de la Reina, si hubieran sido hechos en el castillo, irremisiblemente hubieran encabezado la fecha así: "En la Mota", etc.; como todos los testamentos otorgados en aquel lugar, por ser una fortaleza donde había Alcaide.

Y, en fin, todos los documentos expedidos por los Reyes Católicos en la Mota consignan esta palabra, la de fortaleza o castillo, y ni en el testamento y codicilo ni en las cartas, ni referencias de las personas que con los Reyes vivían y trataban de la enfermedad y muerte de la Reina, no se cita ni una sola vez siquiera a la Mota, sino sólo el Palacio, consignado en ocasiones con estas palabras: "el Palacio Real de la Plaza".

En él, sin duda, murió aquella reina de quien Andrés Bernáldez, cura de los Palacios, historiador testigo de sus grandezas, dice: "Fué mujer hermosa, de muy gentil cuerpo e gesto, prudentísima, sabia, honesta, devota, discreta, cristianísima, clara sin engaño, justa en el juicio, soberana en el mandar, liberal en su justicia, sujeta a su marido, buena casada, leal e verdadera. Fué la más temida y acatada reina que nunca fué en

el mundo. Así desta muy noble y bienaventurada reina, vivirá en España su fama por siempre..."

El Palacio Real ya no existe. Alzábase donde se emplazaron las casas vecinas al Ayuntamiento. Subsiste, en cambio, en su integridad exterior, el castillo, que en estos instantes se restaura, con fortuna, y, sin perder su caracter, se transforma al interior, por voluntad y decisión del Jefe del Estado, Generalísimo Franco, en Casa de Formación de Mandos para la Falange femenina, al servicio de España, y en evocación gloriosa de la memoria de la reina Isabel.

Encima de una de sus puertas, las armas de los Reyes Católicos pregonan otra reforma llevada a cabo por estos monarcas.

El castillo de la Mota es de ladrillo y asimismo ciertas iglesias y edificaciones varias que ostentan, como la parroquia de San Miguel, neto sello mudéjar, si bien en magnificencia, aunque en gusto distinto, ninguna como la de San Antolín, ojival, con buenas esculturas y retablos, de los que en Medina hay varios y valiosos ejemplares.

No se puede omitir en la arquitectura civil medinense el Hospital de Simón Ruiz, portugués de nacimiento, aunque conste equivocadamente en todas las historias y biografías suyas que nació en Belorado (Burgos), hospital celeberrimo en el que se conserva una muy antigua letra de cambio, y la Casa de Dueñas, renacentista, morada de príncipes y reyes en sus estancias en Medina.

La importancia de Medina del Campo absorbe casi por entero la de los pueblos de su demarcación, que no tienen, como aquélla, relevante historia.

No ocurre así con Peñafiel y Olmedo y Tordesillas, algunas de las cuales comprenden pequeños lugares hoy, que fueron en un ayer, más o menos remoto, teatro de sucesos importantísimos de la Historia de España, y conservan de ellos notables testimonios.

En todos esos pueblos que reclaman y merecen la atención del viajero queremos hacer, siquiera breve, una parada, ya que en un trabajo de límite forzoso como este es humanamente imposible sacar a relucir todos, que la provincia de Valladolid entre ciudades, villas y lugares tiene muy cerca de trescientos.

Escala obligada del viajero espiritual que corre la llanura es Tordesillas, y algunos de los pueblos de su jurisdicción.

¡Tordesillas! Así como Medina del Campo evoca la figura de la reina Isabel, Tordesillas recuerda al visitante la pálida y enlutada figura de su hija doña Juana, más que loca, enferma del mal de amor. "Tiéntenme por loca — son palabras de la propia reina —; pero si en algo no usé de razón

no fué otra la causa sino celos, y los celos no son locura...”

Toda su vida puede decirse que pasó doña Juana en Tordesillas, desde que un día tras el féretro de su marido, el Rey Hermoso, llegó a la villa castellana y le depositó en el Monasterio de Santa Clara, para no dejar de verlo sus ojos mientras en ellos no se extinguiera la luz...

En Tordesillas, el visitante se irá en derechura al Monasterio de Santa Clara. A la vera, hallará los vestigios del palacio de doña Juana, y en el Monasterio, fundación de Pedro I y sus hijas, en la regia morada que fué de Alfonso XI, se abismará ante su portada mudéjar, y, si entra en clausura por dispensación pontificia, ante el patio árabe toledano, *único* en Castilla, y la Capilla Dorada, y el vestíbulo de Don Pedro, y el Vergel.

Lo más seguro es que tenga que limitarse a visitar la iglesia y el exterior del monasterio sin poder traspasar la clausura; pero aun con esto ya tiene bastante donde prender su admiración: el artesonado deslumbrante de la iglesia, áurea techumbre de la sala rica del antiguo palacio de Alfonso XI, que alarifes moros construyeron en himno de triunfo por la batalla del Salado, y para dar gloria con sus manos al Dios de los cristianos; la capilla de Lope de Saldaña, su tríptico, la reja del coro monjil, y, fuera de la iglesia, los famosos baños de la Padilla, descubiertos hace años y restaurados, con discreción, en lo preciso.

Cercano al Monasterio de Santa Clara hay que visitar en Tordesillas la renombrada iglesia de San Antolín con su célebre capilla de los Alderetes que guarda un retablo de Juan de Juní y dos sepulcros, uno ojival y otro plateresco, obra ésta de Gaspar de Tordesillas, en los comienzos del siglo XVI.

Y si es dama la que visita Tordesillas, ¿cómo no ir a San Pedro a ver el collar de oro y esmeraldas que se cree proceder de la reina doña Juana?

No lejos de Tordesillas el pueblo de Wamba, con su nombre evocador, sale al paso del viajero para mostrarle, en recuerdo de los tiempos godos, el lugar de la Honcalada donde se eligió por rey al noble Wamba, que dió nombre a la villa, llamada *Gérticos*, antes de la proclamación.

Dicen los cronicones visigodos en ese expresivo latín medieval en que están escritos que fué *Gérticos*, lugar del patrimonio de Recesvinto, donde el prudente rey legislador, en las treguas de sus campañas militares, se solazaba apartadamente de cómites y gardingos entregado a las intimidades de su hogar.

Con escrupulosa exactitud fijan también la fecha en que el rey visigodo, después de su último viaje desde Toledo, descansó en el Señor — I de

septiembre del año 672 — en este lugar de *Gérticos*, y aun añaden, sin tanta precisión, que en el mismo lugar, ante los restos calientes aun de Recesvinto, según lo había dispuesto para él y sus sucesores el Concilio VIII de Toledo, los nobles godos obligaron a Wamba a aceptar la Corona que en nombre del pueblo visigodo le ofrecían.

La tradición, conservada de padres a hijos, señala el lugar de la Honcalada, en el pueblecito de Wamba, como el paraje donde se celebró la elección, ratificada solemnemente en la catedral de Toledo, en la que, por manos del prelado Quirico fué ungido el nuevo rey.

Pero aquella noticia que el viajero adquiere al llegar a Wamba no tiene otro valor que el puramente tradicional. No es así, en cambio, esta otra: la que le dice que la iglesia de Santa María del histórico pueblo fué fundada por Recesvinto, noticia cierta que los antiguos testimonios escritos le dejaron consignada y que a través de los tiempos comprueban sus ojos en esta iglesia que hoy se levanta en medio del pueblecillo, construída sobre la base misma de aquella antiquísima que el rey visigodo, para su enterrorio, mandara labrar.

La iglesia de Wamba es una perla de Castilla. El imafrente está fechado (fines del XII), el cuerpo de la iglesia es gótico, pero la cabeza, lo más antiguo, enreda aun hoy a los arqueólogos en réplicas y controversias. Unos se inclinan por el visigoticismo (siglo VII) y otros por el mozarabismo en pleno (siglo X).

No ha de salirse de la iglesia de Wamba sin ver la pintura castellana del XV que existe en un altar de la nave de la Epístola y, por la del Evangelio, el enterrorio real, y detrás, el osario sanjuanista, habitación dantesca en la que las paredes y bóveda están cubiertas de calaveras y tibias, alineadas y superpuestas con terrorífico primor...

Fragmentos visigóticos interesantísimos, dentro de su iglesia dieciochesca, hallaránse, en esta ruta, en San Román de la Hornija, patrimonio de Chindasvinto, y por él elegido para sepulcro suyo y de su mujer Reciberga.

De la demarcación de Tordesillas hemos de destacar aquí, entre los demás pueblos, a Villalar, por la página de los Comuneros, “los que pelearon como caballeros y murieron como cristianos” en la plaza de esta histórica villa, a cuyo fondo existe la iglesia de San Juan, que tuvo los restos de los bravos paladines de la libertad de Castilla, por poco tiempo, que unos meses después fueron trasladados: los de Padilla, a la Mejorada; los de Bravo, a Segovia, y los de Maldonado, a Salamanca.

Si el visitante es de buena fe admitirá como auténtica la picota que en cierta casa de Villalar se le mostrará diciéndole que de ella colgaron las tres cabezas de los ajusticiados. Puede ser; pero alrededor de esto y de su supuesta exhumación en 1821, cuando hacía ya tres siglos reposaban en otras tumbas, no faltan episodios ni relatos curiosísimos, *sed non est hic locus*.

De la parte de la Nava del Rey hay que señalar esta ciudad, cuyo primitivo nombre *Nava de Medina*, "Llanura" de Medina, trocóse en Nava del Rey por Felipe II, que la concedió el privilegio de exención, y Alaejos. En aquélla es de reseñar la iglesia de los Santos Juanes, gótico renacentista, abside gótico, torre renacentista, con retablo, en parte, de Hernández, y un Descendimiento bizantino en una capillita del XVI.

No ha de olvidar el visitante, en el convento de monjas capuchinas, las tallas de Carmona, navarrés ilustre del siglo XVIII y, entre éstas, la *Divina Pastora*, célebre en toda la región y fuera de ella.

En Alaejos, acusada por sus gentiles torres, destácase la iglesia de Santa María con su retablo de Esteban Jordán.

Prosigamos nuestra visita por la provincia. Ahora estamos en Peñafiel, el Señorío del Príncipe, de aquel príncipe que amó, sobre todo, los libros. Este fué el infante don Juan Manuel, sobrino del Rey Sabio y nieto de San Fernando. No hallaréis otro recuerdo más intenso en Peñafiel que el del autor egregio de "El Conde de Lucanor".

Si subís al castillo hallaréis su huella y recordaréis sus hazañas de guerrero, si, en el corazón de la villa, os adentráis en San Pablo, la silueta del Infante llenará vuestro recuerdo, y evocaréis que de allí, siendo morada del príncipe que amó, sobre todo, los libros, salieron con aires de eternidad las páginas inextinguibles de "El libro de Patronio", y, si, en fin, os detenéis frente a las ruinas de San Francisco, a la salida de la población, acaso percibáis, si el día es de cerrazón y obscuro, un aire impetuoso, terrible. Entonces la leyenda os saldrá al paso y os dirá: "Es el espíritu de don Juan Manuel obligado a penitencia por aquel juramento de pacto que selló una sacrílega comunión..."

Todo, todo en Peñafiel es el infante don Juan Manuel. Desde el castillo, en las alturas de la villa, hasta los vestigios, escondidos, de antiguos esplendores.

No quiere decir esto que la villa no tuviera historia hasta que se la diera el Infante.

Hazañas de epopeya fueron las de su fundador, Ruy Laínez, hijo del belicoso Laín Calvo, y aun el mismo conde García Fernández, bajo cuya so-

beranía rindióse la plaza al poder musulmán, mereció los máximos honores de los historiadores árabes que, al reseñar su heroísmo en la defensa de la villa, sitiada por Almanzor, y la dificultad casi insuperable de su cautiverio, dijeron poéticamente: "Alá en sus altos designios ha dispuesto que García-Ebn-Ferdeland, príncipe cristiano, más inaccesible que una estrella, fuera cautivado este día..."

Los cantores musulimes, sin embargo, enmudecieron pronto. El conde Sancho García, hijo de Garci-Fernández, entró en la villa a sangre y fuego, expulsó de ella a los infieles, y reconquistando la vieja fortaleza de la plaza (cuyas ruinas se ven hoy), puso su lanza sobre la peña más alta, pronunciando su frase, que los cronistas cristianos recogieron: "Desde hoy en adelante ésta será la peña más fiel de Castilla, de donde la villa tomó el nombre de Peñafiel..."

Otros hechos de admirable bizarría pregonan la grandeza del señorío y de la villa antes de que fuera su señor el infante don Juan Manuel. Pero todo ello, con ser mucho, es poco si se compara con la inmensa importancia que le dió el prestigio literario e histórico del esclarecido Infante. En verdad, la historia y poderío de la villa de Peñafiel se desdibuja y esfuma cuando se aleja del célebre magnate que con su espada y con su pluma dió a Castilla días luminosos de esplendor y gloria.

En la cima del altozano que protege a la villa se yergue sereno el castillo.

Como un barco que surca las aguas, así el castillo de Peñafiel, por su forma, visto a lo largo, y hecha abstracción del calvo montículo en que se asienta, semeja un navío por el mar de espigas que se extiende en su redor.

A principios del siglo XI fundólo el conde don Sancho García; pero su reedificación fundamental viene de tiempo del literato Infante, y su estilo, el ojival en esta clase de construcciones, si bien la torre del homenaje no sobrepasa la mitad del siglo XV.

Doscientos diez metros de largo por veinte de ancho tiene este castillo inexpugnable, ejemplar valioso en la arquitectura militar, en cuyo recinto nació el príncipe de Viana.

Tal es el castillo. En él el rey Fernando I y el Cid se reunieron para su expedición a Portugal; en él el invencible Alvar-Fáñez, en tiempo de Alfonso VI, resistió el asalto de los almorávides; en él doña Urraca tuvo cercado a don Alfonso el Batallador hasta que la intercesión del Papa dió paz a los esposos; en él brilló el saber jurídico del Rey Sabio, otorgando desde allí leyes y pragmáticas que subsisten en nuestros Códigos...

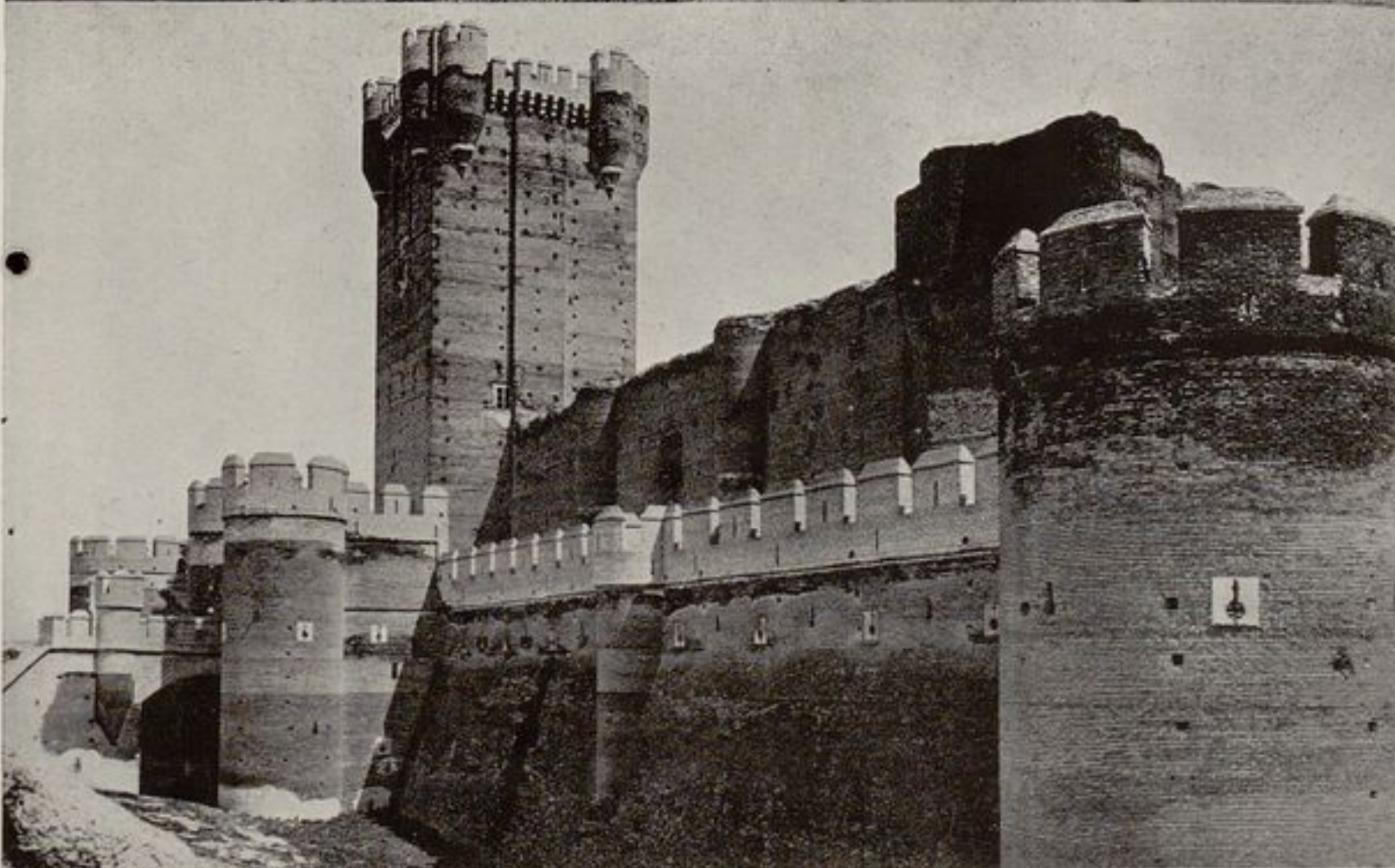
Para frailes dominicos elevó el Infante San Pablo, y de entonces se conservan el ábside prin-



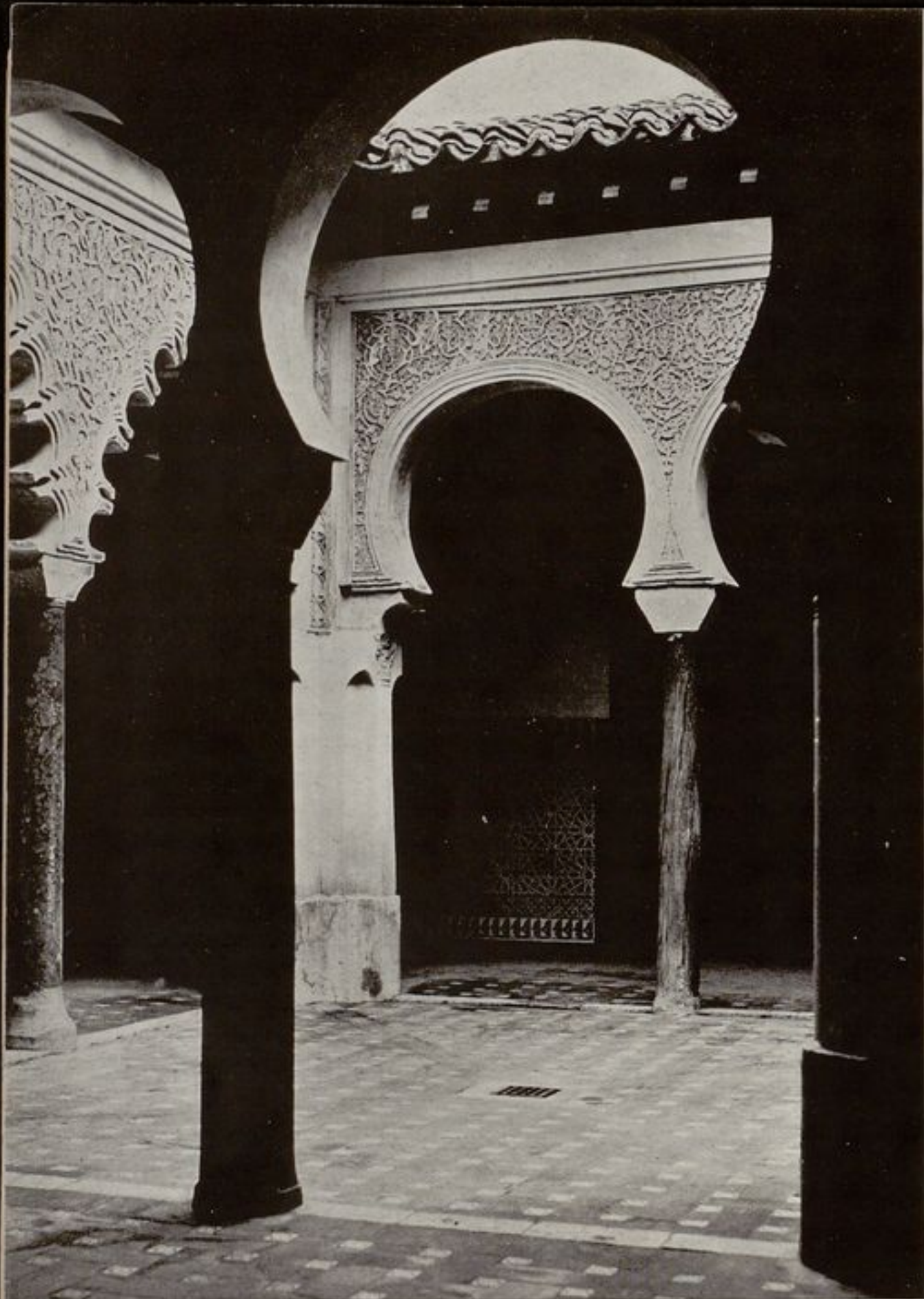
En la cima del altozano que protege a la villa se yergue, sereno, el castillo de Peñafiel



¡Simancas! ¿Quién no sabe que se halla aquí, de nuestra España, un preciado tesoro documental?



Medina del Campo es Isabel. La Poesía, con sus brillantes galas, dice que la Reina murió en el castillo. La Historia, con sus documentos, prueba...



*Escala obligada del viajero espiritual
que corre la llanura es Tordesillas...
Patio árabe toledano del monasterio
de Santa Clara*



*...Morada de príncipes y reyes...
Casa de Dueñas, Medina del Campo*

cial y el de la Epístola, mudéjares, en ese tipo tan característico de construcciones de ladrillo, mientras que el otro ábside, reconstruido en el siglo XVI, ostenta el gusto renaciente, de la época del reconstructor, también don Juan Manuel, de igual nombre, mas no de la condición literaria del ilustre bisabuelo.

Otras iglesias hay en Peñafiel dignas de mención: Santa María, con un retablo del siglo XVI; El Salvador y San Miguel, con alguna escultura de Hernández. Y no ha de omitirse, como curiosidad, el barrio tortuoso y laberíntico de la Judería que, en empinada, trepa por cierta parte de la villa, y descende, por la otra, a la margen del río.

Sin salir de la jurisdicción de Peñafiel, el viajero visitará, de entre los pueblos que la constituyen, Curiel de los Ajos, no ya por su castillo, más que en ruinas, sino por el palacio de doña Berenguela, hija de Alfonso el de las Navas, en el que la civilización árabe dejó varias muestras; Valbuena de Duero con el Monasterio cisterciense de San Bernardo, y Retuerta con el de premostratenses, erigido por doña Mayor, hija del conde Ansuréz, y Castrillo de Duero, donde nació el intrépido general, más conocido que por Juan Martín, su nombre y apellido, por el remoquete del *Empecinado*, hecho de una vez famoso el apodo impuesto a todo hijo de Castrillo, motivado, a lo que parece, por los arroyuelos de escasa y lenta corriente que cruzan la minúscula villa, ocasionando cierto lodo negruzco o pecina.

Henos aquí ahora frente a Olmedo, la gran villa que siguió muy de cerca los esplendores de Medina del Campo, y fijó su extraordinaria importancia aquel famoso dicho:

*Quien señor de Castilla quiera ser
a Medina y Olmedo ha de tener.*

La leyenda, como en casi todos los pueblos, prendió en sus orígenes, y el nombre del lugar lo explicó aquélla, atribuido a la benéfica sombra de un olmo, a cuyo placer, en un día de sofocante calor, se acogieron, *in illo tempore*, ciertos cazadores, que allí, encantados del sitio, hicieron su asiento, originando el lugar que, presto, se llamó Olmedo...

Fábulas aparte, documentalmente seguimos la historia de Olmedo desde Alfonso VI, historia varia y accidentada que culminó al mediar el siglo XV, con la conocida batalla de tal nombre, la batalla de Olmedo, entre los confederados contra el Rey, el propio Juan II, y el valido don Álvaro de Luna.

Posemos un instante en las calles y campos de Olmedo. Su historia se agolpa en nuestra mente. El amor, la pasión indómita, la heroica bravura,

la rivalidad y el despecho amorosos, la munificencia real y, sobre todo, la lealtad al Trono en instantes de inminente peligro, fulguran en las páginas de la crónica olmedana.

Aquí el rey don Pedro, loco de pasión, abandonando por segunda vez a su legítima esposa doña Blanca, cayó en los brazos de la Padilla, para nacer a poco en la bastardía la princesa Constanza, duquesa luego de Lancáster, de quien fué cierto tiempo el señorío de Olmedo.

Mas la máxima grandeza de Olmedo coincide con las máximas turbulencias y revueltas de Castilla.

Fué por entonces, con intervalo de veintidós años, cuando la Historia escribió con sangre sus dos páginas que llevan el mismo nombre: "Batalla de Olmedo". Y fueron idénticos los motivos, idénticos los combatientes, idéntico el resultado de la contienda: el triunfo de la Corona.

De un lado, en tiempo de Juan II, los realistas, al mando de don Álvaro de Luna; de otro, los confederados contra el Rey, al mando de los infantes don Juan y don Enrique. Veintidós años después, en el trono de Castilla Enrique IV, repitióse la escena. Y los ejércitos combatientes, al mando, los del Monarca, de don Beltrán de la Cueva, y al del arzobispo toledano Alfonso de Carrillo, los confederados, chocan nuevamente en ruda pelea por la misma causa, que otra vez alcanza la victoria con la victoria del Rey.

Desde la iglesia de Santa María, bajo su campanario, contemplamos los lugares de las fraticidas luchas.

¡Cuánto evocan estos parajes olmedanos! Camino adelante, desde esta altura vislumbramos, más que vemos, en dirección a la Mejorada, la Cuesta del Caballero. Amor y celos diéronla nombre.

Estar en Olmedo y no recordar la figura interesantísima de aquel galán que por el amor a su dama desvió el curso del Adaja, y sufrió la muerte, es algo imposible.

En sus viejas calles adquiere tono de prestigio el famoso estribillo:

*Que de noche le mataron
al caballero;
la gala de Medina
la flor de Olmedo.*

Aun están en pie, en gran parte, las murallas que defendieron a Olmedo, y algunas de sus puertas. En el interior, sus iglesias mudéjares retienen la curiosidad del viajero.

Llevaránse la preferencia por sus retablos, Santa María y San Andrés. El de aquélla, de doce tablas con el asunto de la Historia de la Virgen,

de autor desconocido, pero no de fecha, que una de ellas consigna la de 1550. Y el de ésta, procedente de la Méjorada, debido al cincel de Alonso Berruguete, hoy en el Museo de Valladolid.

En otras iglesias de Olmedo consérvanse restos y fragmentos artísticos de la Mejorada. En cambio, de este Monasterio no queda otra cosa de interés, aparte de una estancia del siglo xv, que una capilla mudéjar bellísima. La *Mejorada* — llamado así este Monasterio por su fundadora María Pérez, de Olmedo, a la que sus padres dejaron "mejorada" en sus bienes, con cuya mejora realizó la fundación — sufrió, como tanta iglesia, los efectos de la exclaustación.

En los primeros tiempos de la Edad Moderna fué poderosísimo este Monasterio; sus obras de Arte, de mérito excepcional, y en su claustro, eminentes varones en virtud y ciencia pusieron muy alto el nombre de España.

Una auténtica crónica de cierto prior de los jerónimos de aquel tiempo refiere del Emperador una curiosa anécdota: Volvía Carlos V de Argel, y buscando un sedante a su espíritu, conturbado con aquella triste jornada, posó en la Mejorada, en el retiro monasterial de los frailes jerónimos, ¡quién sabe si con el ánimo ya puesto en Yuste!...

Y ocurrió que siendo uno de los días de la estancia del Emperador, Viernes Santo, y no viendo éste traza alguna de que en aquella religiosa mansión se preparara comida ninguna en tal día, "preguntó el César qué comía el convento, e dixerónle que pan y agua, y entonces, por seguir el ejemplo tan santo, mandó que le trujesen dos panecillos de los que los religiosos comían y un jarro de agua, y con aquello pasó todo el día del Viernes Santo".

De la tierra de Olmedo son: Portillo, que a lo alto de un cerro eleva su fortaleza, dominadora de la llanura, en la que el infortunado don Álvaro de Luna pasó su última prisión, camino de la muerte... Iscar, con ruinas de otro castillo; Ventosa de la Cuesta, señorío de Alonso Berruguete; Mojados, cuya iglesia de Santa María posee un retablo del siglo xvi.

En hermosura y grandiosidad de sus iglesias no hay lugar que aventaje en la provincia de Valladolid a Rioseco, la ciudad de los almirantes de Castilla, en la que los Enríquez, hijos de reyes, mostraron en tantas ocasiones su enorme influjo y poderío.

No ha de hacerse aquí aunque ello fuera de sumo interés, una reseña histórica, ni en síntesis, de esta villa que Felipe IV elevó a ciudad. Sólo la cita de los privilegios reales y documentos rodados que guarda su Archivo, por cierto exquisitamente ordenado y dispuesto, llenaría el espacio

de esta breve crónica de divulgación general de la provincia de Valladolid.

Sepamos que los Enríquez, que tomaron tronco en Fadrique Enríquez, sobrino de Enrique II, el Bastardo, y de cuya rama, por hembra, procedió Fernando el Católico, dieron el mayor brillo a la villa, que en innumerables páginas de la Historia de España hubo de intervenir, participando activamente en casi todos los sucesos de importancia del tiempo aquel de los fines de la Edad Media y comienzos de la Moderna, y de modo decisivo también en el movimiento de las Comunidades de Castilla.

Medina de Rioseco, que en realidad era una pequeña corte dentro de la gran Corte, asentada unas veces en Valladolid, otras en Medina del Campo, etc., legó a la posteridad la magnificencia que le era propia, y hoy, el viajero que se dirige a la ciudad, descúbrela al punto y queda maravillado ante sus catedrales, mejor que iglesias, en las que el Arte acumuló sus maravillas, y la riqueza se mostró pródiga y desbordante.

Por la puerta de Ajujar, que es la más antigua de las que se conservan, vamos a penetrar en la villa castellana, la más monumental de la provincia. Ahora, derechamente, a San Francisco, fundación del almirante don Fadrique, en las postrimerías del ojival. En ella hemos de detenernos ante los barrocos cocidos de Juan de Juní, uno de ellos desnudo admirable, muy conocidos y divulgados en libros, folletos y artículos. Otra cosa que nos retendrá en esta iglesia son las tribunas platerescas en las que se asentaban sus antiguos y monumentales órganos.

Pero es preciso aprovechar la estancia en Rioseco y, abreviada aquí, hay que ir con todo interés a Santa María, góticorrenacentista, en los albores del siglo xvi, donde, por necesidad, hemos de detenernos más despaciosamente.

Si nuestros gustos van por la rejería artística, habremos de hacer estación ante las dos rejas que aquí hay, una de ellas de Cristóbal de Andino, cuya firma ahorra todo elogio. Si queremos admirar algo magnífico de orfebrería, preciso es que nos enfrentemos con la custodia maravillosa de Antonio de Arfe. Y en fin, si deseamos ver algo "único" buscaremos, sin salir de esta iglesia, la capilla de los Benaventes, en la que, después de abismarnos en el retablo de Juan de Juní, gozaremos con el desconcertante exorno escultórico de Jerónimo de Corral, y nos parecerá un sueño, en fuerza de originalidad, aquella representación de nuestros primeros padres, después del pecado, saliendo del Paraíso terrenal, a cuya puerta la Muerte, jubilosa y cómodamente sentada, les aguarda tañendo con alborozo una guitarra... La capilla está fechada. Año de 1546.

Aun quedan en Rioseco dos iglesias importan-



Nava del Rey. Iglesia parroquial y Ayuntamiento



El genio de Juní despliega sus alas en el soberbio retablo de Santa María, en la Capilla de los Benaventos Medina de Ríoseco



Dos ábsides, dos épocas, dos hombres. Y sobre todo ello, el nombre del infante don Juan Manuel Peñafiel. San Pablo



Histórico puente de Simancas que evoca una página interesantísima del reinado de Carlos V

tísimas, callando otras que no lo son; la de Santiago, de tres majestuosas naves, y la de la Cruz, herreriana, en uno de cuyos altares brilla una Piedad de Rodrigo de León, del primer cuarto del siglo XVI.

Recorramos ahora, fuera de los templos, la Medina profana, a cuyo favor reyes y príncipes otorgaron numerosos privilegios y mercedes.

Pareja de las artes iba el comercio. El mercado de los jueves llegó a ser célebre en el reino, y no pocas gentes de fuera de él acudían con preferencia a la corte del Almirante, en cuya plaza de Santa Ana, allí junto a la Especería y la calle de los Lienzos, se hacían las más importantes transacciones mercantiles, que por su número y calidad acreditaron de famosas las ferias riosecanas, acuciado el interés del comercio en Castilla entre éstas y las celebérrimas e insuperables de Medina del Campo.

Del mercadillo cubierto, uno de los primeros castellanos, quedan hoy en pie sus recias columnas. Un paseo por la empinada callecita que a él conduce atravesando de arriba abajo la ciudad, para salir fuera de ella a la puerta de Ajujar o a las del Cristo, proporciona al visitante que venera lo viejo la más pura emoción.

Aun puede seguir paso a paso, guiado de auténticas relaciones, los recovecos de la antigua corte de los Almirantes, aunque muchos de los sucesos de su historia que traiga a su evocación no pueda recordarlos frente a las mansiones donde acaecieron, desaparecidas y arrumbadas por el tiempo y los hombres, sin saberse de ellas otra cosa que el lugar en que se alzaron.

Aquí se irguió, magnífico, el castillo señorial de los Almirantes, que albergó a la *Rica Hembra*. ¡Brava mujer que una noche, cumpliendo la ley, deja fuera de la villa a su esposo y señor el Almirante, llegado a ella a deshoras, sin que, por privilegios, se le abran las puertas, cerradas hasta el amanecer del nuevo día, y otra noche firma la sentencia de muerte del osado galanteador, que aprovecha villanamente la ausencia del Almirante para inferirle tal agravio...!

¿Cómo sería en su integridad el palacio que, aparte del castillo, elevó la magnificencia de don Fadrique Enríquez, donde quiso vivir los últimos años de su vida y esperar su muerte?

No se sabe; pero sábese, en cambio, por fidedignas y auténticas relaciones, cuanto sucedió dentro de sus muros, en el tiempo revuelto aquel de las Comunidades, que congregó en Rioseco al Gobierno del Emperador, huído en disfraz de Valladolid y aposentado, a la sombra del Almirante, en su morada, a la cual, en un día de angustioso viaje, llegó un afligido varón vestido de púrpura, el cardenal de Utrecht, regente del Reino, evadido

sigilosamente de la ciudad castellana, envuelta en el furor de los comuneros.

Ya nada de aquello existe: ni el castillo ni el palacio. En el lugar donde se alzaron, en belicosas y pasadas centurias, la presente ha extendido la bella pradería de un jardín, uno de esos jardines provincianos silenciosos y amables, en los que, libres de bullicios y ajetreos, se coge el sol a gusto en los días claros y rutilantes del invierno castellano.

De estar en Rioseco es obligado, so pena de pecado de lesa Historia, visitar cuatro de sus pueblos y lugares: Villalba de los Alcores, famoso por su castillo que los caballeros de San Juan elevaron al regresar de las Cruzadas, y en el cual doña Juana estuvo unos días con el cadáver de su esposo en aquella jornada que comenzó en Burgos y terminó en Tordesillas, y, unos años después, retuvo en rehenes a los hijos del rey de Francia Francisco I; Montealegre, también con su castillo de los Meneses; Matallana y su monasterio; La Espina y el suyo, en el que se venera una Espina de la Corona de Nuestro Señor Jesucristo y, para terminar, Villagarcía de Campos, la villa de la infancia de *Jeromín*, aquel labradorcillo que, como en un cuento de hadas, se tornó en Príncipe, y el que en la Historia tiene un nombre glorioso: don Juan de Austria.

En Villagarcía, multiplicanse los recuerdos del príncipe vencedor en Lepanto: el alcázar donde se educó al amparo amoroso de doña Magdalena de Ulloa; el "*lignum-crucis*" que le regaló Paulo V, y el "Cristo de las Batallas" que llevó siempre en sus guerras contra la morisma, y que tuvo entre sus manos al morir...

Llégase al fin de esta breve glosa histórico-artística de la provincia de Valladolid. El viajero espiritual que la recorre no ha de olvidar la visita a Villalón, Valoria la Buena y Mota del Marqués, deteniéndose, como ahora indicaremos, en algunas de las villitas de sus partidos, si poco importantes por la territorialidad, mucho por su significado histórico.

En Villalón, de su antiguo señor el conde de Benavente, está en pie, con fortuna restaurado, el célebre *rollo* que inspiró la copla:

*Campanas, las de Toledo;
iglesia, la de León;
reloj, el de Benavente,
y rollo, el de Villalón.*

Un artífice de los que labraron las agujas de la catedral de Burgos construyó este rollo bellísimo de Villalón. Más antigua es la iglesia de San Miguel, cuya torre, en su primer cuerpo, pregona el siglo XIII, siquiera las otras partes sean de tiempo posterior.

Gana en iglesias a Villalón, el pueblo de su límite judicial, Mayorga, en las que se advierte, en maridaje, el arco de herradura y la ojiva, iglesias interesantísimas dentro de unas murallas, en ruinas, de una antigüedad venerable.

De Valoria la Buena, "Villoria Buena" según el Becerro de las Behetrías, tienen más interés histórico que ella misma Mucientes, Cigales y Santa María de Palazuelos.

En Mucientes — aun hay vestigios del palacio — la reina doña Juana moró cierto tiempo, y "probó" no estar loca como se decía. En aquella ocasión en que el Príncipe, su esposo, quería inhabilitarla y recluirla en esta villa, las Cortes del Reino, reunidas en Valladolid, destacaron a Mucientes, para que observaran a doña Juana e informaran de su enfermedad al almirante de Castilla y a Garcilaso de la Vega, los cuales, huéspedes unos días de los reyes, "no hallaron en la Reina palabra que fuera discordante, ni ademán ni señales que indicaran perturbación, y así dijeron a Su Alteza don Felipe que mirase bien lo que hacía si salía de Mucientes sin la Reina..."

En Cigales — nota interesante — nació la cuarta mujer de Felipe II, doña Ana de Austria, el 1 de noviembre de 1549. Aquí es de ver la iglesia de Santiago, el lugar donde se alzó el palacio en que nació la Princesa y murió la reina doña María, hermana de Carlos V, y la indicación paleográfica de aquel acontecimiento.

En Santa María de Palazuelos, en fin, debe visitar el viajero la iglesia del antiguo Monasterio del Cister, románico-ogival, entre cuyas tumbas, dignas de detenido examen, está la que guarda los restos mortales de la madre de doña María de Molina.

Aun hay que citar de Valoria la Buena otro lugar, Villafuerte, por su castillo, de la casa de Novaliches, en buen estado de conservación, dominando el poblado.

Cierra esta reseña Mota del Marqués y su partido, de cuyos pueblos hay que consignar, aparte de San Pedro de Latarce, por las ruinas de su fortaleza, a San Cebrián de Mazote y a Torrelobatón. Dos lugares que en la guía espiritual de la provincia de Valladolid reclaman puesto de honor.

Ofrécenos Mota del Marqués, la antigua Mota del Toro, que no hace mucho tiempo mostraba sus murallas y su castillo, la iglesia de San Martín, del siglo XVI, obra del celeberrimo maestro Juan Gil de Ontañón.

Pero con no ser vulgar la historia de la villa, el interés histórico-artístico de su partido está en San Cebrián de Mazote, cuya iglesia del siglo X es el ejemplar, con la de Wamba, más valioso de toda la provincia, y en Torrelobatón, la villa de

la torre y los lobatos, en la que el castillo, de la época de Juan II, sin deterioro alguno en el exterior, evoca la página de los Comuneros, que señaló su mayor gloria e inició su infortunio, consumado en los campos de Villalar.

Cerremos con ellos nuestra crónica. El Arte y la Historia reclaman, por fuero, nuestra visita.

Allí, donde el poderío de los monjes mozárabes cordobeses, junto a la Mota del Marqués, se dejó sentir, existió, desde muy antiguo, el lugar que en viejos documentos se cita con el nombre de *Sanctum Cyprianum de Macot*, el de San Cebrián de Mazote de nuestros días.

En la provincia, fuera de Wamba, no hay otra iglesia de mayor interés, y que ha sido "descubierta", en el rango artístico, claro es, no hace aun cuarenta años.

¿Se edificó, o reedificó, sobre un templo visigodo, en el siglo X? Su época es incontestable, fijada por recientes y eruditísimos estudios.

Son sus características: planta rectangular, tres naves y la de crucero, con dos series de cinco arcos de herradura, aquéllas, y otro en éste, columnas de mármol y variedad de capiteles predominando en el motivo el mozarabismo sin que falten otros clásicos y visigodos.

A través de los tiempos el monumento quedó envuelto en hechuras posteriores, y los siglos XVIII y XIX dejaron en él sus huellas en las bóvedas y la cúpula del crucero.

Ved ahora el castillo de Torrelobatón. Dos recintos le amparan. Cada cubo puede contener un cuerpo de guardia de 12 mesnaderos. Y la gentil torre del homenaje, con 150 pies de alzada, es inexpugnable. Observad cómo aquellos cubos y esta torre, y las elevadas cortinas del parapeto, no almenado, corrido, se ofrecen, sobre todo, a la ballesta y a las armas de fuego manejables. Atended aquí y allá, en los lugares acusados de la fortaleza.

Esos son los blasones del alto señor que fué su dueño. De la ilustre casa — sangre de reyes — de los Enríquez, almirantes de Castilla.

¡Qué emoción contemplar, desde el castillo, la extensa llanura que acusa en un alto, como para atraer la mirada sin remedio, al pueblecillo de Villalar!

Es ruta, la que siguieron los Comuneros en su postrera jornada, que no ha de haber viajero culto que venga a Valladolid que no la recorra en sentida evocación.

Tales son en brevísimo compendio — pongamos el punto final — los rasgos que destacan en la Historia y en el Arte a la provincia española, cuya capital, por su relieve y notoriedad bien conquistados, mereció aquella frase "Villa por villa, Valladolid en Castilla..."

SEMANA SANTA EN VALLADOLID

TRIUNFO DEL ARTE ESPAÑOL

VIAJERO espiritual, que recorres España para evocar su Historia y gozar de su Arte. Detente en Castilla y posa en Valladolid. Ha llegado el tiempo santo. La semana de Pasión pronto va a comenzar.

Si quieres inundar tu alma en una inefable emoción, cuya huella ha de perdurar en tu ser mientras vivas, ven aquí a la vieja ciudad y abísmate en las procesiones de su Semana Santa.

Ven, con esta ocasión, a la antigua ciudad. Que en el libro de tu vida una página inolvidable será ésta, la del tiempo transcurrido aquí, entre los más puros efluvios de la Religión y el Arte...

La Semana Santa de Valladolid es, en el Arte, la primera de España. Éralo ya en aquellos tiempos del siglo xvii. Si se juntaran todos los testimonios y las antiguas relaciones que reseñaban y glosaban los cortejos procesionales de Pasión que entonces atraían el fervor y la devoción de las gentes, veríase, compulsados y comparados, que la palma se la llevaba Valladolid. Era ello una consecuencia natural del esplendor en la escultura que trajo a España la escuela de imagineros castellanos, a la cabeza Berruguete y en la cumbre Hernández, en esto de labrar imágenes de Pasión, como en ningún otro lugar del mundo.

Valladolid en este aspecto no tiene rival. Aun en los personajes centrales de la divina remembranza, Jesús y María, no cedió en el Arte al sevillano y levantino. Testifican la Dolorosa de Juní, la Piedad de Hernández, sus Cristos en Cruz, algunos de sus yacentes.

Pero aventajó la escuela castellana a las demás en cuidar hasta el detalle de todas las figuras e incidencias del drama sacro, que comenzó en la Oración del Huerto y acabó en el "*Consumatum est*" del Gólgota.

A través del augusto drama de la Redención, los cinceles de nuestros imagineros, inspirados en sus geniales destellos por la piedad que se encendía en sus corazones y movía sus manos, plasmaron las escenas del drama con un extraordinario verismo llevando al alma la compunción y el dolor, y a los labios una plegaria de alabanzas o una oración de arrepentimiento.

Las obras magistrales de los imagineros de Castilla, los célebres "Santos de palo", del Museo de Valladolid, salen ahora en nuestra ciudad en cortejo procesional inolvidable.

¡Llor al ilustre y llorado arzobispo de Valladolid don Remigio Gandásegui que con tanto entusiasmo y devoción restauró, para bien de la Religión y el Arte, los viejos cortejos procesionales de Pasión!

Hoy, Valladolid se ufana de poder presentar a la faz del mundo, con mística unción, la procesión de Viernes Santo más artística de España, la misma que en el siglo xvii, era el principal atractivo religioso de la Corte, presidida o presenciada por los reyes de España.

Este folleto ha sido editado por la Asociación del Fomento del Turismo de Valladolid, y se reparte gratuitamente



Magnífico cartel que proclama el arte soberano de los viejos imagineros de Castilla, cuyas figuras de Pasión desfilan por Valladolid, al atardecer del Viernes Santo, en cortejo procesional inolvidable

La Virgen de las Angustias, de Juan de Juni

La Piedad, de Gregorio Fernández



El Entierro de Cristo, de Juan de Juni



La Quinta Angustia (detalle),
de Gregorio Fernández



LA PERLA DE VALLADOLID

EL MUSEO NACIONAL DE ESCULTURA

EN el más típico sector de Valladolid donde, a pesar de las modas urbanizadoras del último siglo, aun se conserva encerrado el secreto evocador para salir de nuestro tiempo y podernos sumergir en la atmósfera de lo que fué, se levanta el edificio que hoy alberga el Museo Nacional de Escultura Religiosa de los siglos XIII al XVIII; el antiguo Colegio de San Gregorio, fundado a fines del XV, al lado de su convento dominicano de San Pablo, por Fray Alonso de Burgos, hombre de origen humilde, que allí había estudiado y recibido los primeros grados de su Orden. Virtuoso como muchos y espléndido como tantos de aquella pléyade de altos varones, por el origen o por sus propios merecimientos escogidos por la gran Isabel para consejo de su jerarquía y apoyo de su trono.

Dentro de estos muros se conservan los bellos despojos de una parte del alma española en su más alta expresión. Quien quiera conocerla, por estudio o por amor, tiene que entrar en su recinto.

Las obras anteriores al establecimiento del taller de Berruguete en Valladolid, que se guardan en el Museo, son debidas bien a artistas forasteros o a talleres ambulantes que ejecutaban sus trabajos en el lugar del encargo. Como importado desde fuera o dentro de España al convento de San Francisco, ha de considerarse el retablo gótico sin pintura, o "en blanco", con escenas de la vida de Cristo. Como obra realizada en Valladolid, la magnífica y riquísima sillería que bajo la dirección de Andrés de Nájera se labra entre los años de 1522 y 1528.

Pero la obra maestra de la Capilla es el retablo que, para el Monasterio de la Mejorada, labró Alonso Berruguete en 1526, la primera obra conocida de Berruguete que señala el amanecer del arte vallisoletano en el campo de la escultura religiosa.

La sinfonía del rojo y oro del retablo de la Mejorada se convierte en otra de oro y blanco en los restos del retablo de San Benito el Real, que ocupan las tres primeras salas de la planta baja, y aquí Berruguete, alcanzando sus mayores atrevimientos, es más seguro de sí mismo. Del enorme conjunto se han podido reconstruir, al montar el Museo hace algunos años, seis grandes trozos que creemos constituyen una novedad, al servir de marco a las pinturas y a las imágenes del genial artista, poco más o menos como él las había dispuesto. En sus manos, y gracias al oro policromado, los objetos

pierden su calidad terrenal para convertirse en motivos de pura fruición estética. Y el pasmo va aumentando conforme pasamos de la sala de conjuntos a las dos en que se ha seleccionado lo más prodigioso del detalle, hasta culminar con los grupos de la Adoración de los Reyes, de la conversión del rey Totila, con las estatuas de Abraham e Isaac, con la de San Cristóbal o con la increíble de San Sebastián, donde se funden las calidades de la carne, del agua y de la llama, en una vibración armónica que casi alcanza el límite de la belleza.

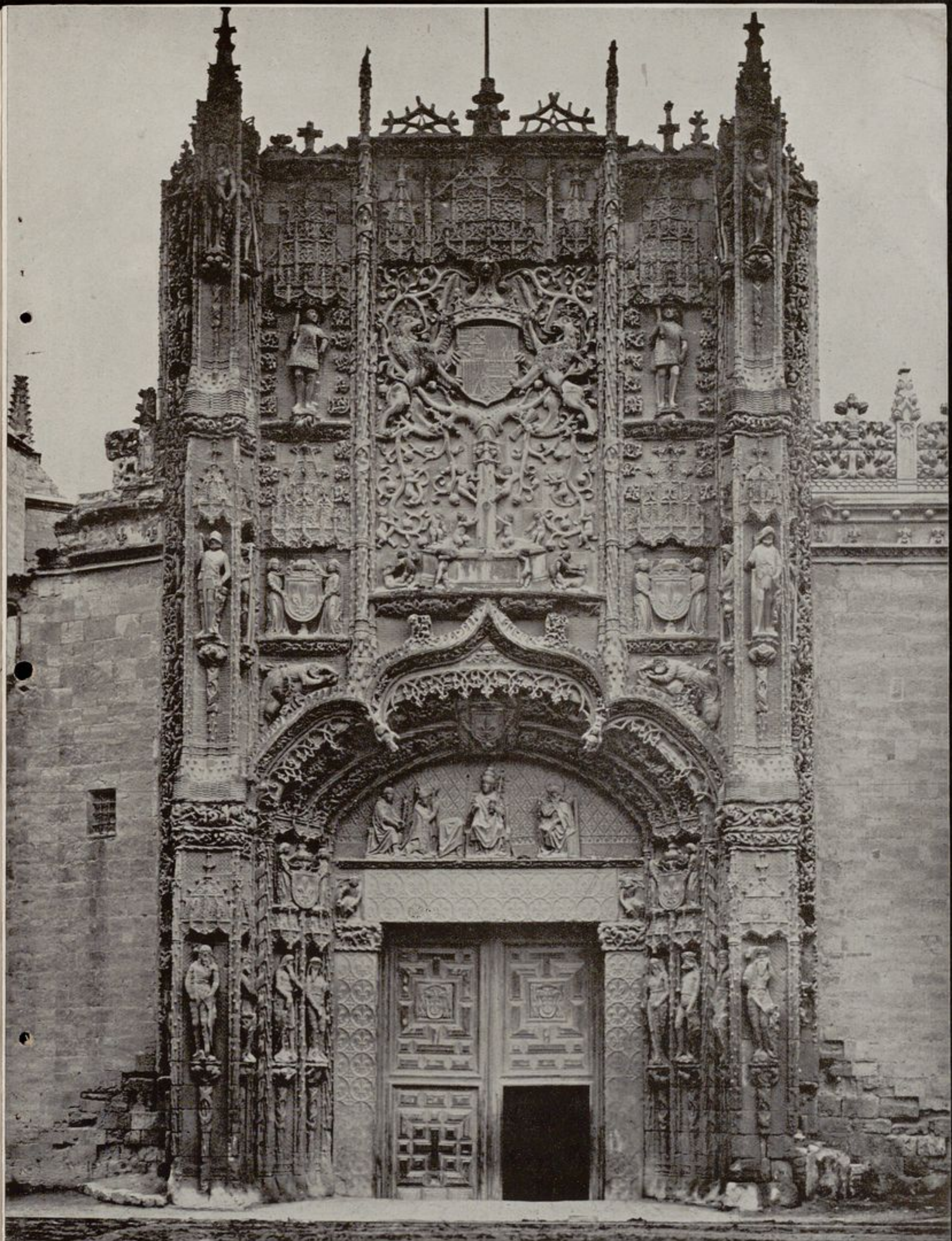
Después de la refinada y exquisita espiritualidad de Berruguete se toma tierra con el arte patético pero macizo de Juan de Juní. En el Entierro de Cristo, de este extranjero, castellanizado hasta convertirse en uno de los más egregios exponentes del sentimiento popular, el tema del dolor en el que logró alcanzar la maestría no superada de su Virgen de los Cuchillos, va desde lo compasivo del hombre bueno hasta el abrumador de la madre a punto de sucumbir bajo la carga de su sufrimiento. Obra creada con amorosa delectación al decir de uno de sus contemporáneos y una de las joyas del Museo, tanto por su forma como por su brillantez y rica policromía.

La acompañan otras estatuas de la misma mano sensual y vigorosa, en las que el modelado se enfatiza, sin perder su sentido naturalista, y en las que el arte de Juní tiene un acento pictórico, como queriendo anticipar las dos épocas que le siguen. El San Antonio "el Oscuro" y el busto relicario de Santa Ana, adquieren en la luz velada de la sala la corporeidad cambiante de las cosas vivas, tal es de intenso su realismo.

De Gaspar de Tordesillas quedan en el Museo los restos del retablo labrado en 1546-1547 para la iglesia de San Benito; dos "pulseras" en la Antesacristía y otras tallas hoy en distintas salas que justifican el adjetivo de "voluptuoso" con que le califica un testigo de la época. Es el último gran decorador de los precedentes de la escuela de Berruguete, que siguen la línea del primer Renacimiento italiano al modo tradicional.

A más de los ya apuntados hay que citar a Esteban Jordán y a Pedro de la Cuadra. El primero, seguidor al principio de la manera ambigua entre los dos grandes maestros, quizás por su colaboración con Inocencio el hijo de Alonso, ejecuta después un arte frío y a veces desagradable, en el que demuestra una corrección inusitada, y un gran conocimiento de la arquitectura clásica, según los tratadistas de la época. Pedro de la Cuadra es el ejemplar típico del industrialismo escultórico de la época, y sus producciones están diseminadas por toda la región. De su arte, existe en el Museo la colección de bajo relieves que estuvieron colocados en el retablo de la Capilla mayor de la Merced Calzada.

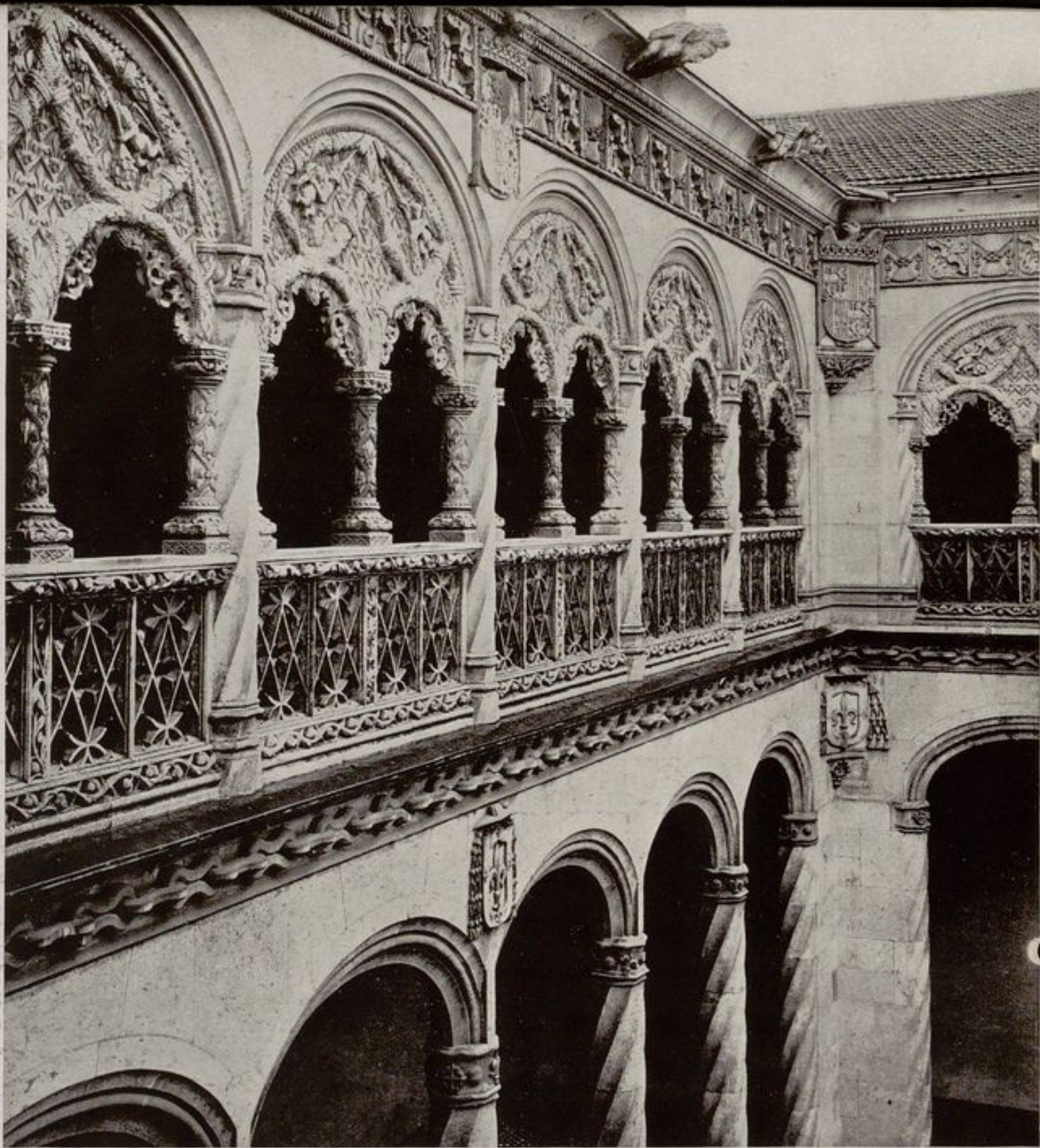
La estancia fugaz de la corte del rey Felipe III en Valladolid da ocasión a su valido don Francisco de Sandoval y Rojas, duque de Lerma, para el encargo, al grupo de escultores áulicos que capitaneaba Pompeyo Leoni, de su estatua orante, acompañada de la de su mujer doña Catalina de la Cerda, para ser colocadas en el nicho que se abrió para el caso en el muro del presbiterio de la iglesia de San Pablo, sobre la que adquiere patronato con



En el más típico sector de Valladolid se levanta el edificio que hoy alberga el Museo Nacional de Escultura Religiosa

Colegio de San Gregorio

Dentro de estos muros se conservan los bellos despojos de una parte del alma española en su más alta expresión



Quién quiera conocerla, por estudio o por amor, tiene que entrar en su recinto

**Berruguete.
Sala primera**

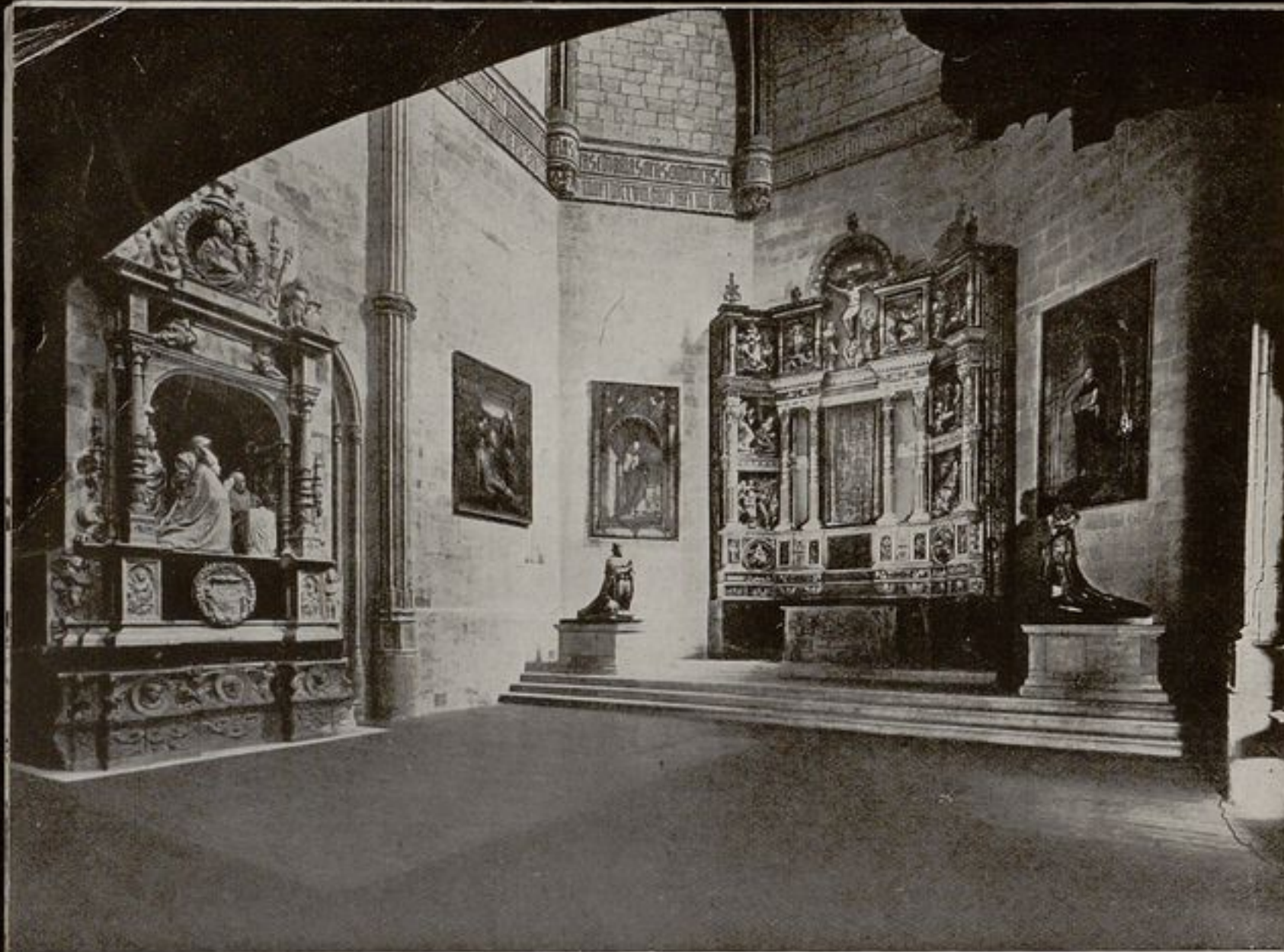


La estancia fugaz de la Corte de Felipe III en Valladolid, da ocasión a su valido, duque de Lerma, para el encargo, al grupo de escultores de Pompeyo Leoni, de su estatua orante y la de su mujer doña Catalina de la Cerda



La lista de los escolares del Colegio de San Gregorio tiene resonancias universales: Vitoria, Cano, Morales, Las Casas. Y los nombres de los artistas cuyas obras custodia el Museo no son menos resonantes: Berruguete, Gaspar de Tordesillas, Juni, Gregorio Fernández, Pedro de Mena, Carmona, Pedro Sierra...

Galería alta de San Gregorio (detalle)

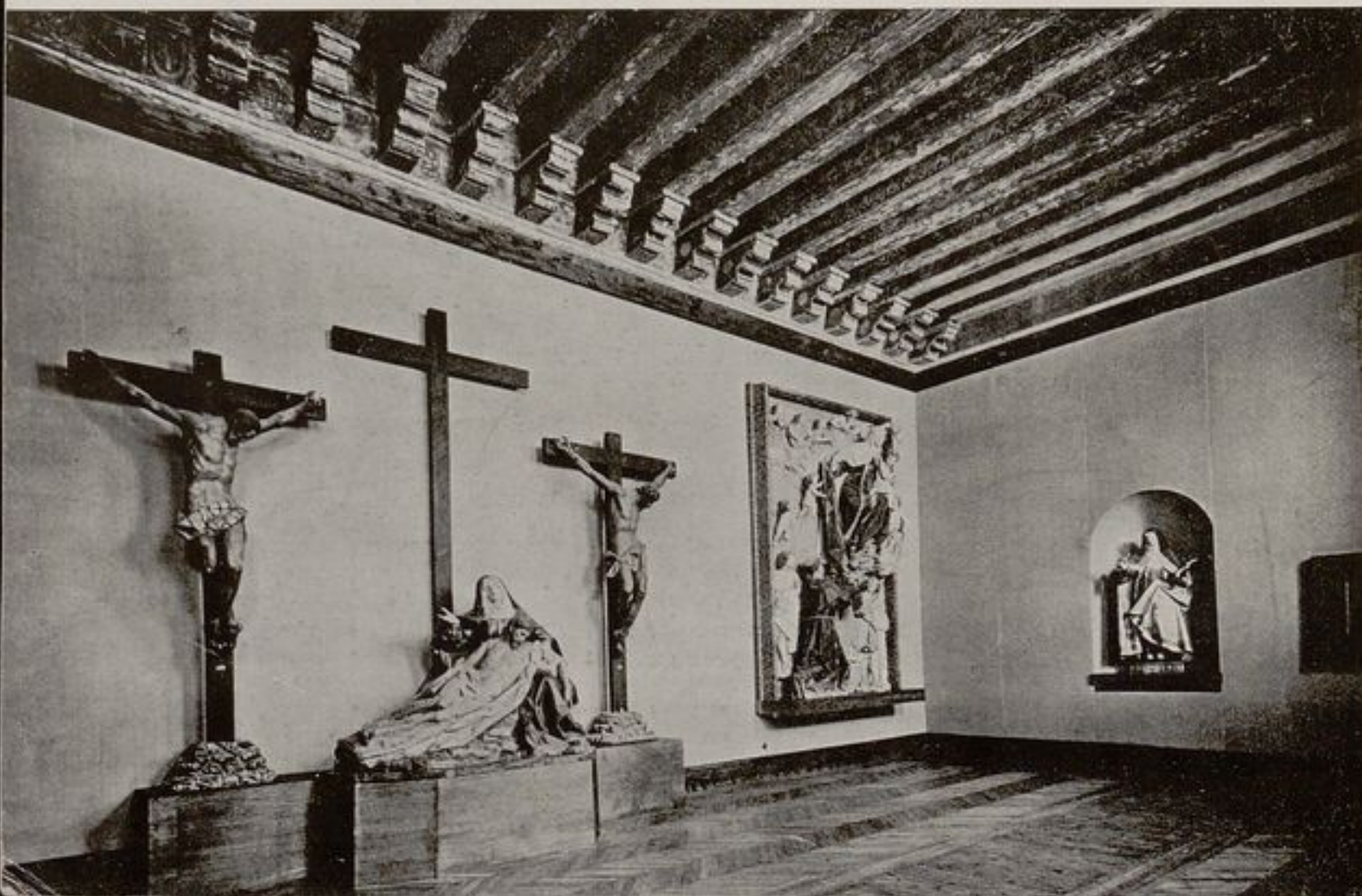


...pero la obra maestra de la Capilla es el retablo que, para el Monasterio de la Mejorada, labró Alonso Berruguete en 1526

Capilla
de San Gregorio



Otra sala



Gregorio Fernández imprime su fuerte personalidad al siglo XVII

Sala de
Gregorio Fernández

el derecho de borrar las armas de Fray Alonso; demasiado precio según nuestra cuenta. Los artistas españoles que colaboran en la obra, actualmente en la capilla del Museo, son Lesmes Fernández y Juan de Arfe, el último de la dinastía. La distinción y la fina elegancia de ambos bultos contrastan con las producciones apasionadas y a menudo incorrectas de los escultores nacionales, tanto como los materiales con que unos y otros trabajan. Resulta aleccionador este ejemplar de bronce dorado en medio de las tallas en madera de nuestros artistas; restricción disciplinada aquél, pasión incontenida éstas. Pero la excitada sensibilidad nacional ni se refrena largo tiempo a pesar de reglas y modas, ni deja de influir inexorablemente sobre los clasicismos importados. Este mismo Pompeyo Leoni, sereno en el bronce, es por fin apasionado en las tallas de los Santos franciscanos procedentes de la iglesia de San Diego, custodiadas en el Museo; vencido a la postre por esa fuerza de asimilación que es casi tanto como la esencia misma del arte español.

Esencia pura de su época y de la raza, sin más contactos con el exterior que los que humanamente es imposible descartar, como una reacción de disgusto contra la moda anterior, Gregorio Fernández absorbe con su nombre la producción artística del período siguiente. Su sabiduría técnica engloba las enseñanzas del pasado, hasta tal punto que a menudo se ha dudado entre él y Juan de Juni, a pesar de hallarse separados por casi medio siglo. Y no sólo eso, sino también ha de destacarse cómo imprime su fuerte personalidad al siglo XVII, mal estudiado y difícil de estudiar.

Una síntesis, apresurada como ésta, de las riquezas del Museo Nacional de Escultura, no es el lugar para repetir lo mucho que se ha escrito sobre el genial escultor. Únicamente quisiéramos insinuar que la enseñanza que se desprende de la obra de Gregorio Fernández es de un carácter superior al de la emoción artística. No es sólo su habilidad lo que asombra; de sus producciones emana un sentimiento que no impresiona únicamente la sensibilidad, sino que se adentra conmoviendo el alma. Y ello es debido a dos de sus cualidades que, unidas a las que posee como artista, colocan su personalidad humana muy por encima de la talla corriente: una, su absoluta sinceridad, humilde y fervorosa, de cristiano convencido y practicante; otra, su bondad. Su Cristo de la Luz, su Piedad, su Cristo muerto, su Santa Teresa, su Bautismo..., cualquiera de sus obras, habla al corazón con más convincente elocuencia que todas las bellas palabras. Y su lenguaje, a pesar de sabio, es tan comprensible como el habla de un labriego. De aquí su sentido universal, y que, a pesar del ir y venir del gusto en su perpetuo flujo y reflujo, la popularidad y la estimación de Gregorio Fernández no hayan sufrido la menor sombra.

Las obras de Fernández en el Museo complementan las que en los días de Semana Santa pasan, iluminadas, por las calles de Valladolid, formando los célebres pasos procesionales. Así como aquéllas están concebidas para hablar a la multitud, éstas se dirigen a lo más íntimo del individuo, llaman a su conciencia a través de su sensibilidad; en una palabra, convencen. Por

ello quizá sean estas obras las que se sientan más ajenas al ambiente de museo, y pidan para su contemplación el recogimiento de la iglesia.

Después de Gregorio Fernández el arte escultórico vallisoletano sigue durante algún tiempo las normas marcadas por el gran maestro, sin que se acuse ninguna gran personalidad comparable a las pasadas; pero produciendo a menudo obras muy estimables. En el Museo existe de esta época una obra cumbre en la Magdalena de Pedro de Mena, firmada en 1664, doblemente interesante en este lugar por representar un tipo de tradición castellana, si bien interpretado con la sensibilidad refinada que caracteriza a las escuelas meridionales.

Y después vienen como colofón las tallas originales de Pedro Sierra y sus colaboradores; el Cristo de Luis Salvador Carmona, natural como aquél de la provincia; la deliciosa estatua de Santa Librada en la Cruz; y multitud de ellas pertenecientes al período barroco en las que las influencias salmantinas parecen obscurecer la pura tradición local.

De este arte casi siempre amable, y siempre teatral o amanerado, al arte del siglo XVI hay un abismo aleccionador, porque representa la evolución del sentimiento religioso en la época de nuestra mayor grandeza. Existen interesantes ejemplos del siglo XVIII en el Museo, como la cabeza de San Pablo, con la que Juan Alonso Villabrille y Ron admira a las gentes en un naturalismo llevado al extremo; la Santa María Egipciaca que se creyó obra de Pedro de Mena; y, para servir de muestra de la devoción al uso, las encantadoras estatuillas de la bucólica Magdalena penitente, del escenográfico San Miguel Arcángel, y de la graciosa Inmaculada que casi parece un juguete.

Con estas imágenes de una sensibilidad sin nervio, sobre todo si se comparan con el punto de partida, termina en el Museo Nacional la evolución del arte escultórico religioso que comenzó en las rebeldías de Berruguete. A la par que el cambio en la interpretación de la forma puede estudiarse en él la del elemento esencial e inseparable en la imaginería española: la policromía; desde el dominio del oro en las primeras épocas, pasando por los estofados, hasta la simple pintura o encarnación de los últimos; desde el empleo del color como sugeridor de formas, hasta la mera copia de tonalidades que se acerquen lo más posible a la realidad.

La importancia de lo revistado bastará para dar idea de la inmensa riqueza que atesora el Museo Nacional de Escultura de Valladolid. Pero lo que no llegará a comprenderse, si no se ve, es que la impresión que produce su visita nada tiene de común con la experimentada en otros. En la penumbra de sus salas parece subsistir aún algo de la emoción profunda con que fueron creadas tantas obras maestras; y el visitante, cuando sale del viejo edificio a la atmósfera de la ciudad moderna, seguramente encuentra que dentro de sí ha resurgido algo oculto y ancestral que hasta entonces no había conocido, y que por ser el eco de lo mejor de sus mejores antepasados, lo hace a él también mejor.

La portada de este folleto, magistral ejecución del pintor vallisoletano señor San Juan, reproduce, en sus motivos artísticos, una ejecutoria del Archivo de la Real Chancillería de Valladolid, de mediados del siglo XVI

